

Selección

TERROR

LOS DIENTES DEL MURCIÉLAGO

CURTIS GARLAND

Nunca tuve que venir aquí. Pero pienso que de eso no tuve culpa alguna. El destino jugó conmigo despiadadamente. Sólo así puede explicarse que, tras mi viaje interminable a Bucarest, decidiera cruzar la frontera rumano-húngara, para cruzar por esta región, y detenerme aquí a causa del retraso de los ferrocarriles y carruajes tras las últimas y fuertes nevadas.

Aquí, en Transilvania…

Y en Transilvania me ha tenido que suceder. A mí, Gordon Rose…

¡Dios mío, aún ahora lo pienso, en esta mañana nublada pero de radiante luz reflejada en las nieves que nos rodean, y me parece imposible que ello haya ocurrido!

Pero no hay ninguna duda. No fue un sueño. Las manchas de sangre, sobre el embozo de la cama y la almohada, las dos profundas e hinchadas huellas en mi hombro…

No. No hay duda. La mordedura existe. Y yo sé lo que eso significa.

Yo sé que ya no existe remedio para mí, después de que el monstruo penetró en mi alcoba y clavó en mi carne sus colmillos anoche, después de sonar las campanadas de la medianoche en la iglesia del pequeño pueblo vecino…

Yo sé que ahora, mi destino sólo puede ser ya uno.

Yo sé que voy a ser un vampiro.



Curtis Garland

Los dientes del murciélago

Bolsilibros: Selección Terror - 57

ePub r1.0

Titivillus 27.02.15

Título original: *Los dientes del murciélago*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

«… El muerto, bajo ciertas circunstancias, se convierte en vampiro. Ese ser visita a las personas vivas en su sueño. Mueren *entonces y, casi de manera invariable, en la tumba, se van convirtiendo a su vez en vampiros. Eso es lo que ha sucedido en el caso de esa hermosa mujer…».*

Carmilla. Sheridan Le Fanu

CAPÍTULO PRIMERO

(Del diario de Gordon Rose)

Sucedió anoche.

Dios mío, tuvo que sucederme precisamente anoche. Cuando mayor era mi felicidad, cuando me sentía completamente satisfecho por muchas razones. Y Dobrinka no era la menos importante de ellas, ciertamente.

Dobrinka…

¿Por qué tuve que conocerla *precisamente* anoche, en el baile de la posada? ¿Por qué entonces y no antes? ¿Por qué aquí, y no en cualquier otro lugar del mundo?

Claro que eso es difícil. Muy difícil. Dobrinka nunca ha salido de aquí. Aquí nació y aquí se ha criado. Cuando más, alguna vez habrá visitado Budapest, imagino. Pero nunca cruzó las fronteras de su país[1]. Eso se advierte en ella. En su sencillez, en su provinciano aire ingenuo, dulce y casi infantil, a sus diecinueve años…

Además, creo recordar que ella lo mencionó en alguna ocasión, durante el baile.

Cuando hablé de Inglaterra, de Londres especialmente, cuando nombré París y Roma, los ojos se le iluminaron singularmente, como si su imaginación ya la iniciara en largos viajes por Europa, acaso por el mundo todo…

Dobrinka…

Cielos, y tuvo que ser anoche. Precisamente anoche. Antes de…

Antes de suceder lo que sucedió. Antes de ese maldito hecho que ha destrozado mi vida para siempre. Antes de mi segura perdición.

No debí haberme reído de ciertas cosas. Nunca debí burlarme de las supersticiones locales, de estas gentes simples, temerosas de Dios y del diablo por un igual, crédulas hasta la exageración, y llenas de

un atávico sentido del fatalismo y del miedo.

Ahora sé que cometí un error. Ahora. Cuando ya es demasiado tarde. Cuando yo, Gordon Rose, de Londres, he tenido que conocer el desastre, el horror y la desesperación aquí, en estas bellas tierras montañosas, frías, abruptas y tradicionales, llenas de encanto, de paz, de tipismo.

Y llenas de terror.

Un terror que me hacía sonreír desdeñosamente. Un miedo que provocaba mis burlas y chanzas. Un pánico que me resbalaba sobre la epidermis como si fuese grasa o agua helada, muy lejos de hacer presa en un educado, culto e inteligente —supongo—, caballero británico, domiciliado en el centro mismo de Londres.

Nunca tuve que venir aquí. Pero pienso que de eso no tuve culpa alguna. El destino jugó conmigo despiadadamente. Sólo así puede explicarse que, tras mi viaje interminable a Bucarest, decidiera cruzar la frontera rumano-húngara, para cruzar por esta región, y detenerme aquí a causa del retraso de los ferrocarriles y carruajes tras las últimas y fuertes nevadas.

Aquí, en Transilvania…

Y en Transilvania me ha tenido que suceder. A mí, Gordon Rose…

¡Dios mío, aún ahora lo pienso, en esta mañana nublada pero de radiante luz reflejada en las nieves que nos rodean, y me parece imposible que ello haya ocurrido!

Pero no hay ninguna duda. No fue un sueño. Las manchas de sangre, sobre el embozo de la cama y la almohada, las dos profundas e hinchadas huellas en mi hombro…

No. No hay duda. La mordedura existe. Y yo sé lo que eso significa.

Yo sé que ya no existe remedio para mí, después de que el monstruo penetró en mi alcoba y clavó en mi carne sus colmillos anoche, después de sonar las campanadas de la medianoche en la iglesia del pequeño pueblo vecino…

Yo sé que ahora, mi destino sólo puede ser ya uno.

Yo sé que voy a ser un vampiro.

* * *

Un vampiro…

Me despertó su presencia. El roce de su cuerpo oscuro, en la sombra de mi dormitorio. Su aleteo siniestro, seco, en torno a mí lecho.

No, no era un vampiro de alta figura enlutada, amplia capa y rostro cadavérico, con los afilados colmillos goteando sangre.

No era un vampiro humano. No se trataba de un *no-muerto*.

Era solamente un ave. Un murciélago. Un vampiro alado, como se encuentran abundantemente en estas regiones y en otras, tan desoladas y sombrías como pueda serlo ésta. Un ave nocturna, voraz y chillona, que se guía por misteriosos impulsos que no acierta uno a imaginar, pero que jamás tropieza con las paredes, aun careciendo de visualidad en la oscuridad.

Un vampiro vulgar. Un mamífero quiróptero, con mayor apéndice nasal que el murciélago corriente, y con dos agudos incisivos con los que hiere y succiona la sangre, como su homónimo, aquél de quien el vulgo afirma que sale por las noches de su tumba, para buscar también la sangre de los vivos, y convertirlos, a su vez, en vampiros.

Pero eso es lo que dice la voz popular en estas tierras. Lo que un irlandés ha escrito, basándose en relatos y leyendas de esta hermética y pintoresca Transilvania a la que yo llegué con miras bien diferentes a verme convertido en… en uno de esos abominables seres de las tinieblas, un cadáver en movimiento, con la maldición del vampiro circulando por mis venas, desde que su sangre se mezcló con la mía, a través de la infernal mordedura del monstruo…

Nunca he visto a esos vampiros humanos, a esos cadáveres ambulantes que, durante la noche, dejan las criptas para extender entre los vivos la semilla de su mal, a través de la mordedura implacable. No he creído que existieran jamás. No he hecho caso de fábulas y de murmuraciones. Me he reído de las ristras de ajos, de los muérdagos, de las estacas afiladas y de toda la mitología del terror que estos crédulos y aprensivos campesinos transilvanos han removido para protegerse de los *muertos-sin-descanso*, como les llaman aquí.

Todo eso resultaba tan cómico para mí…

Todo tan divertido, tan absurdo, tan supersticioso y torpe, en las

mentes de estas pobres gentes, dadas a creer todas las leyendas de su tierra antigua… Y eso que no me he decidido a mostrarles ese volumen que llevo conmigo, en el fondo del maletín. Ese libro editado solamente hace dos años, en Londres, por una empresa editora que está forrándose virtualmente de oro.

Es un libro de tapas oscuras, con una especie de gran mancha roja, y en ella los nombres de obra y autor:

DRÁCULA
Bram Stoker

Su fecha de edición es 1897. Dos años hace de ello, repito. Y se vende cada vez más. Toda Inglaterra lee a Stoker. Su relato ha causado sensación. Dice que se ha basado en historias populares de Transilvania, que estuvo aquí y siguió el rastro auténtico de alguien, un noble que provocó ese mito del vampiro…

No sé lo que el buen irlandés autor del libro habrá hallado de realidad, y cuánto lo que imaginó, para añadirlo a su novela. Pero he leído el relato y me ha gustado. Luego, al verme aquí, en las tierras mismas que él describe, sombrías y medrosas, he llegado a sentir la impresión de que *algo* escapaba del libro. Naturalmente, pensé que era sólo imaginación.

Lo olvidé pronto. Luego, conocí a Dobrinka. Y pensé que Transilvania era un hermoso lugar. El más bello del mundo, puesto que podía dar criaturas maravillosas como Dobrinka.

Y ahora, de repente…

De repente, dejo la ventana abierta, imprudentemente, tras la fiesta de la taberna, tras el baile agotador, las risas de Dobrinka… y el fugaz contacto de mis labios con los suyos, el roce trémulo de su cuerpo juvenil y espléndido contra mí, en un abrazo tan rápido como intenso…

Y aparece el monstruo alado. Sus alas membranosas, esas varillas plegables de sus apéndices alados, batieron sobre mí esta noche. Rozaron mis cabellos, mi rostro, en un contacto nauseabundo.

Tuve que contenerme para no gritar. Ahuyenté al animal con un fósforo, encendiendo el quinqué de petróleo de mi mesilla. Escapó, con un chillido largo, chirriante, batiendo sus oscuras alas y

perdiéndose en la noche.

Pero yo sentí correr algo por mi cuello y hombro. Algo viscoso y caliente…

Yo toqué entonces mi piel. Retiré los dedos manchados de rojo oscuro, pegajoso.

Sangre…

Mi sangre… El espejo me mostró lo demás. Las huellas de los dos incisivos. La mordedura del vampiro.

Me podía ver en el espejo. Recordé la leyenda. Si era cierta, yo aún era Gordon Rose, no un vampiro. Los vampiros no se ven en los espejos. Yo, sí. Me contemplaba como siempre. Si acaso, algo más pálido. Más asustado, quizá. Pero seguía siendo yo mismo. Con manchas de sangre en mi camisa de dormir, en las ropas del lecho…

Sin embargo, aun entonces, me reí de mis temores. Volví a la cama, tras tener la precaución de cerrar la ventana cuidadosamente. No quería que volviera a penetrar uno de aquellos horribles animales alados. Pero, ciertamente, no puse ajo alguno. No había llegado a ese grado de superstición, que se me antojaba ridículo.

Incluso volví a acostarme. Me dormí, algo cansado, quizá por la pérdida de sangre en parte.

Tuve una atroz pesadilla.

Me veía en una cripta polvorienta, repleta de telarañas, dentro de un ataúd forrado de raso rojo. Me rodeaban seres cadavéricos, de faz cenicienta y ojos horriblemente inyectados en sangre, de largos incisivos que rezumaban escarlata vivo…

Yo mismo me incorporaba y me unía a ellos, sintiendo el frío de la muerte en mis miembros y mis venas… Echaba a andar entre ellos, y recorríamos un largo corredor, repleto de viejos cuadros y de espejos de pesado y dorado marco.

En ninguno de aquellos espejos veía a nadie. Ni siquiera a mí mismo. No nos reflejábamos en absoluto.

Todos éramos vampiros.

Y, angustiado, comprendía que estaba pensando en Dobrinka, en su cuello nacarado, en su hombro voluptuoso, en sus senos juveniles y erguidos… Y en su sangre. Y mis colmillos asomaban entre los labios, en una sonrisa feroz, ávida, maligna…

Así me veía inclinado sobre ella. Dormía en su lecho, ajena al horror. Yo dudaba aún, contemplándola dolorosamente. La corte de

los vampiros me incitaba, me rodeaba, amenazadora. Sus huesudos dedos señalaban a Dobrinka, que ni siquiera entre las sábanas revueltas, semidesnuda, resultaba procaz.

—¡Muerde! —susurraban sus voces de ultratumba, huecas y lejanas—. ¡Muerde, vampiro, y que ella sea uno más entre nosotros, los *no-muertos*!

Y yo me decidía. Me inclinaba. Iba a morder. Mis dientes alargados, agudos, centelleaban junto a su cuello, prestos a buscar el manantial palpitante de su sangre…

Entonces, ella despertaba. Se revolvía, clavaba en mí sus ojos desorbitados, llenos de terror. Su boca emitía un grito largo, interminable, agudo y desgarrador.

Entonces me desperté.

Entonces me encontré en mi lecho, sudoroso, helado, lleno de angustia y de terror.

Me calmé, a medida que comprendía que todo fue simplemente un mal sueño. Pero algo no formaba parte de ese sueño: la señal de mi cuello. Los incisivos del vampiro alado…

Aun así, me dije que era ridículo darle más importancia. El hecho simple era que un murciélago de la familia de los vampiros había penetrado de noche en mi alcoba, mordiéndome durante mi sueño. Eso era todo.

Al menos, eso fue todo. Hasta que…

Hasta que supe, positivamente, que era más que eso. Mucho más que eso.

Hasta que supe que yo… era un vampiro.

Y eso ha sucedido hoy. Esta misma mañana. Hace apenas unos momentos. Mientras escribo todo esto en mi diario, yo, Gordon Rose, de Londres, me estremezco de horror al pensar que ya no soy el que era.

Que, desde ahora, yo pertenezco a los *no-muertos*. Yo soy… un vampiro.

Su semilla diabólica está en mí. En mi sangre. Ahora, es sólo cuestión de tiempo que mi ser se transforme en uno de esos horrores andantes que provocan el pánico durante las noches siniestras de Transilvania…

Me falta tan poco para empezar a ser, realmente, un vampiro…

CAPÍTULO II

(Del diario de Gordon Rose)

Fue él quien me lo comunicó. Fríamente, con la misma sencillez con que podía haberme dicho que padecía un resfriado o un ataque de hepatitis.

—Lo siento, señor Rose. Me temo… me temo que ha ocurrido lo peor —dijo.

—¿Lo peor? —Me alarmó—. ¿Y qué es lo peor?

—Esa mordedura. Se la causó un vampiro.

—¡Claro que me la causó un vampiro! Se metió en mi alcoba por la ventana abierta, justamente anoche. No me dice nada nuevo, doctor. Vi al animal, y le hice huir. Pero ya me había clavado sus dientes para entonces. Lo que quiero saber es si se puede infectar esta herida.

—¿Infectar? —Me miró extrañamente. Luego, sacudió su canosa cabeza, con cierto énfasis—. Me temo, señor Rose, que usted no ha comprendido bien mis palabras. En realidad, podríamos decir que su herida ya está infectada, desgraciadamente.

—¿Qué? —mascullé, tocándome la herida—. Pero… pero si no me duele apenas, doctor…

—Mi querido señor Rose, cuando antes le dije que le había mordido un vampiro, no me refería a un simple animal, a un murciélago vulgar, sino a un vampiro. A un *no-muerto*, en suma.

El doctor Laszlo Kosic me dijo eso como la cosa más normal del mundo. Me quedé atónito contemplándole fijamente allí, en el comedor de la posada, ahora enteramente desierto, tan de mañana, mientras afuera había dejado de nevar, y el paisaje era un bello panorama albo, con los cercanos edificios de caballerizas y cobertizos con helados festones blancos en sus salientes.

—No estará hablando en serio, ¿verdad? —susurré, aturdido.

—No me gusta bromear con mis pacientes cuando me requieren como médico, se lo aseguro —suspiró, encogiéndose de hombros—. Otra cosa sería la charla ante el fuego de la chimenea, con un buen trago de cerveza por medio, señor Rose. Pero ahora… No, esté seguro de que no me burlo de usted, ni mucho menos. El asunto es demasiado serio para tomarlo a broma.

—¡No es posible! —rechacé—. ¡Los vampiros no existen! Sólo son leyendas, doctor… Usted, un médico, un hombre inteligente, con estudios, no puede pensar como toda esta gente que nos rodea… No tomará en serio los ajos, el muérdago y la cruz, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Me miró extraña, intensamente, a través de los lentes montados sobre su ganchuda nariz—. Como tomo en serio el fuego purificador, la estaca y todo cuanto pueda exterminar al vampiro, incluida la luz del día.

—Es absurdo… —rechacé, poniéndome en pie, paseando por la amplia sala, entre sus largas mesas de madera de pino y sus bancos alargados, que durante las frías tardes invernales acogían a los amantes del buen vino, la espumosa cerveza y la picante comida de la madre de Dobrinka, la rolliza señora Itzak, de nombre Lilian—. ¡Absurdo por completo, doctor! La ciencia lo rechaza, la razón lo niega… ¡No hay vampiros! ¡No puede haberlos!

—Se equivoca, amigo mío —dijo él, tristemente—. Los hay. Yo los he visto. Y conozco la señal muy bien. No sé con qué apariencia se presentaría ante usted, pero el ser que le clavó ahí los incisivos anoche… no era un murciélago. Algún día lo comprenderá así, y verá que yo tenía razón. Pero entonces será ya demasiado tarde…

—Demasiado tarde… —me salió la voz jadeante, insegura—. Pero, doctor Kosic, ¿qué es lo que pretende decirme? ¿Es que sugiere que yo… que yo puedo convertirme, a mí vez, en… en un vampiro?

—No, mi estimado señor Rose. No es eso lo que le dije. Pretendo, no sugerirle, sino afirmarle que usted ya es un vampiro… Y sólo es cuestión de tiempo que vaya viéndose dominado por su mal incurable, hasta morir en apariencia… y *resucitar* en una segunda y horrible vida sin fin, puesto que es, a la vez, morir y vivir… En suma, señor Rose. Está usted contaminado por el espíritu

de las tinieblas. Lleva ya en su sangre el estigma del vampiro. Forzosamente, va a ser un vampiro en pocas semanas… vaya adonde vaya, esté donde esté… y haga lo que haga.

* * *

Vaya adonde vaya… Esté donde esté… Y haga lo que haga…

Tres tremendos augurios para mí. No había solución. No había evasión posible. Era la sentencia terrible del doctor Kosic, allá en Transilvania.

Una sentencia que iba a seguirme, implacable, a través de mi inmediato futuro, hasta hoy en día. Hasta este preciso momento. Hubiera sido hermoso que todo fuera simple superstición. Simple error de un hombre, por muy médico que fuese.

Lo malo es que no era así. El hombre no se equivocaba. El médico, tampoco. La maldición estaba sobre mí ya. La ancestral e increíble maldición de los vampiros de Transilvania, que yo tomara a broma antes o después de leer al irlandés Stoker…

Yo, entonces, pensé en el error. En la superstición. En la leyenda popular, en la superchería del vulgo. En los ajos, en el muérdago, en las ingenuas defensas del campesino contra los entes alados de otro mundo, más allá de las sombras de la muerte…

Y ahora, yo… ¡Yo…! Casi era para reír, pero no sentí ningún deseo de burlarme, ninguna hilaridad que me asaltara… Ahora, yo era un vampiro.

Me pregunté cuánto tardaría en aparecer el fenómeno. Existía el virus en mí, la contaminación. Ahora, todo era cuestión de tiempo. Unas semanas, dijo el doctor Kosic. Pero yo, Gordon Rose, no podía imaginar que el plazo iba a ser tan breve.

Que los primeros efectos terroríficos de mi estado iban a presentarse casi seguidamente…

Justamente aquella noche siguiente. Justamente unas pocas horas después de que el doctor Kosic me anunciara mi terrible destino futuro, la maldición del vampiro, desencadenada sobre mi vida con demoledora fuerza, con implacable fatalidad, que ni siquiera la muerte podía impedir.

Porque, de todo ello, quizá fuese eso lo peor. Que yo ni siquiera

podía morir, para evitar un horror latente. Porque yo, si moría… seguiría siendo lo que ya empezaba a ser: un *no-muerto*.

Un vampiro…

Morir no era una solución. El suicidio, con ser una medida horrible y vergonzosa, no resolvería nada. Allá, en mi tumba, yo, Gordon Rose… continuaría siendo un vampiro. Quizá entonces con más fuerza que nunca. Porque, después de todo, ¿de dónde llegaron los vampiros, sino desde las tinieblas mismas de la muerte?

* * *

—Gordon… ¿Qué… qué es lo que dices?

Miré a Dobrinka. Ella me miró a mí. Estábamos solos en aquel bosque cercano de abetos. Allá, en la distancia, era visible la posada, con su empinado tejado, por el que resbalaba la nieve, formando amasijos blancos, helados en sus aleros. Alrededor nuestro, la campiña eslava era tranquila, apacible, fría y desierta. Muy lejos, unos caballos arrastraban un carruaje rural. En otro lugar, un hombre cargaba haces de leña. Más cerca alguien canturreaba una canción húngara, entre ladridos de perros y chirriar de una sierra contra la madera del bosque.

Parecía increíble que todo aquello, tranquilo y rutinario, tremendamente humano y apacible, pudiera ser el marco insólito de un horror viviente como el mío. Dobrinka, con sus inmensos ojos verdes muy abiertos, con su cabello rojizo atado a la nuca en un duro moño, hendida su lisa melena en dos por una ancha raya central en su cabeza, me contemplaba, entre incrédula y aprensiva, sentada en la cerca de troncos inmediata al vallado del establo. Su ancha falda de tejido fuerte, color granate, con ribetes de colores azules, amarillos y ocres, se remontaba casi por encima de sus rodillas, descuidadamente. No era habitual, a causa de las modas de la época. Pero la firmeza de sus blancos muslos valía la pena de su involuntaria frivolidad en la postura. Era todo un bello espectáculo.

—¿Qué es lo que dijiste antes, Gordon? —Quiso saber ella, medrosa, sin desviar de mí aquellas fantásticas pupilas esmeralda, muy amplias e interrogantes.

Incliné la cabeza. Miré la nieve, bajo su calzado. Hacía pendular

los pies. Las recias medias de lana blanca le llegaban a mitad del muslo. El resto, era más alabastrino y firme aún. Pero pese a su aspecto fuerte y saludable, era esbelta, casi señorial. El señorío nato en quien nace en el campo, de una buena familia, con arrogancia y orgullo en su sangre y en su espíritu.

—Dobrinka, resulta horrible… —gemí, con voz sorda.

—¿Horrible? Creí entender algo… Es más horrible la duda. Creí que te burlabas de mí.

—No, no me burlo —sacudí la cabeza con energía, negando—. El doctor Kosic me pidió discreción. Me aconsejó silencio. Con todos.

—¿Incluso… conmigo?

—Incluso contigo, sí —afirmó.

—Pero dijiste algo…

—Y lo mantengo, Dobrinka. No quiero guardar el secreto. No es justo. No me pertenece, a fin de cuentas.

—Hablaste de… de vampiros… —ella se persignó, rápida.

Su signo cristiano no me afectó. Tal vez no era tiempo aún. Ocurre como con las enfermedades incurables o infecciosas. Primero es un virus. Luego…

No quise pensar en ello. Me apoyé en la cerca. Puse una mano en su rodilla, y Dobrinka no se apartó en absoluto. Se limitaba a mirarme, expectante.

—Sí —afirmé—. Hablaba de vampiros. Vampiros, ¿entiendes?

—Claro —dijo, enarcando las cejas—. Vampiros. Todos entendemos aquí. ¿Qué pasó, Gordon?

—Me mordió uno. Anoche.

—¿Qué?

—Ya lo oíste. No miento. Entró por la ventana abierta. Creo que olvidé el ajo, el muérdago y todo lo demás. O no tuve fe en ello, no sé. Pero entró. Un cuerpo alado. Me despertó. Ya había sangre en las ropas de la cama, en mi cuello y hombro…

—¡Señor, señor…! —La oí musitar, estremecida.

—Sé lo que pensarás, Dobrinka. No te acerques a mí. Nadie se acerque. El camino desde aquí al pueblo no es largo. El tren pasa dentro de dos días. Me iré a Budapest.

—Budapest… —entornó los ojos—. ¿Y luego?

—A Londres. A mi mundo, Dobrinka.

—¿Será suficiente eso?

—No… no lo sé —me froté los cabellos, la frente, nervioso—. El doctor Kosic dice que no. Vaya adonde vaya, el mal irá conmigo. Lo llevo dentro ya. Como un tumor, Dobrinka, ¿te das cuenta? ¿Por qué tuvo que ocurrirme esto?

—Entonces, ¿por qué te vas? —susurró ella, tristemente.

—Tengo que hacerlo. No puedo quedarme aquí toda la vida. Además, es posible que los médicos ingleses puedan tratarme, curarme… Aquí nadie haría nada. Terminarían abandonándome, dejándome solo…

—Si te mordió un vampiro… ¿hay médico que pueda curarlo?

—El doctor Kosic dice que no —me mordí el labio, sacudí la cabeza—. Puede estar en un error, Dobrinka. Esto es diferente. Es… otro mundo.

—¿Piensas que somos diferentes? ¿Que te salvarás en Londres, pero no aquí? —Parecía haber dolor en ella al preguntarlo.

—No pienso nada —me toqué las sienes, furioso—. ¿No ves que me siento confuso, aturdido, que no sé nada de nada? Sólo quiero irme. Irme pronto, huir…

—¿Huir? —Su ingenua pregunta me enterneció—. Huir… ¿de qué, Gordon?

La miré, sin saber qué responder en principio. Luego, aventuré algo, unas palabras confusas, torpes…

—Sé lo que quieres decir. Nadie huye de sí mismo —admití—. Y lo que sea, va ahora conmigo. Dobrinka, no puedo quedarme cerca de ti…

—¿Por qué no?

—Porque te quiero demasiado. Sería injusto. No deseo dañarte. En absoluto, Dobrinka. Sea lo que sea lo que me suceda, prefiero esperar a que ello ocurra allí, en Londres…

—Londres… —me estudió grave, tristemente—. Allí tienes tu novia, ¿verdad?

—Mi novia… —sacudí la cabeza, irritado—. No. Ella no es ya nada para mí. Hace tiempo que no lo es. Pero precisamente por eso, no me importará volver, luchar como sea contra todo esto. Aquí, todo sería más complicado y peligroso. No, Dobrinka. Prefiero irme. Y lo más lejos posible.

—Eso significa… que nunca más volveremos a vernos —musitó

ella.

—Eso significa que, si logro combatir el mal y curarme, volveré aquí. A verte a ti, Dobrinka.

—Gordon, si pudiera creer eso… —musitó la joven rumana, mirándole con ternura profunda, emocionada la expresión—. Pero tú eres un joven inglés, de buena posición social, estimado en tu mundo… y yo sólo una campesina de estas tierras que la gente olvida fácilmente, incluso después de visitarlas.

—Eso no significa nada, Dobrinka. Tu tierra es hermosa y profunda. Sólo que la gente la teme. Y si alguien como yo no llega a temerla, le sucede lo insólito, lo terrible… Tal vez éste fuese un mundo de auténtica paz, sin esos horrores ancestrales, afincados en vosotros. Si sólo fuese miedo, superstición, leyenda… tendría una justificación. Todos los viejos países tienen sus leyendas y mitos. Pero esto es diferente. Es algo más… Ahora mismo, un médico, un hombre de ciencia, afirma que estoy contaminado por la mordedura de un vampiro. Que yo mismo me convertiré en uno de ellos, no tardando mucho. ¿Debe suceder eso hoy en día? ¿Es justo que tu mundo, Dobrinka, esté sacudido por la acción de monstruos semejantes?

—Quisiera poderte responder… y no puedo, Gordon. Nací oyendo esas historias horribles. Mi alcoba tiene muérdago y ajos en su puerta, mientras que personas como nuestra doncella, Ilonka, no pone nada en puertas y ventanas y se burla de los vampiros…

—¿Ilonka? ¿La muchacha rubia que sirve las comidas en tu fonda?

—La misma. Es joven, vigorosa, llena de fuerza y salud. Cree que es inaccesible a las fuerzas del mal. Y quizá tenga razón —se encogió Dobrinka de hombros, mirándome, risueña—. Después de todo, nadie le hizo daño hasta ahora. Y eso que se mofa de los vampiros…

—Es mala cosa, cariño —murmuré, aferrando su mano y mirándola inquieto—. Es mala cosa burlarse de los vampiros. Yo lo hice, y… y ya ves… Voy a partir enseguida para Inglaterra. Sin perder tiempo. Pero tal vez cuando llegue, antes de que me vea un buen médico y me practiquen un exorcismo ante la cruz del Señor… yo seré ya un vampiro.

—Espero que no, Gordon —deseó Dobrinka, fervorosa—. Espero

que no…

Entonces, casi tuve fe en sus buenos deseos, tal era el ardor con que los pronunciaba. Pero sólo unas horas más tarde, al siguiente día, tras lo sucedido la noche antes en la posada de los Itzak, dudé profundamente de que bastaran los buenos deseos de una muchacha enamorada para salvar a un hombre mordido por un vampiro…

CAPÍTULO III

Ilonka Dukas era la mujer más segura de sí misma que jamás existiera en toda la región, al decir de muchos. Y obraba de modo que confirmaba ese criterio ajeno.

Su alcoba, en la posada, era la única sin ajos, muérdago ni defensa alguna contra los vampiros. Había llevado su desprecio hacia los seres de la noche, hasta el extremo de romper la cadena de metal que le regalara un tosco pretendiente, con una cruz de madera, que acostumbraba a colgar sobre sus macizos pechos, hundiéndose en su canal profunda.

—Aun sin cruz, nada tengo que temer —decía, agresiva—. Soy lo bastante fuerte para enfrentarme a cualquiera. Y el vampirismo es un mito. Nunca me atacará ninguno de ellos, estoy bien segura…

La gente se persignaba al oírla, alejándose mientras ella rompía en alegres carcajadas. Podía decirse que la exuberante, rotunda y vigorosa dama, era capaz de enfrentarse a todos los poderes infernales, con amplias esperanzas de vencerlos.

Ilonka no obró de diferente modo el día que el doctor Kosic habló con el viajero inglés, advirtiéndole de lo ocurrido. Claro que ella no se había preocupado en absoluto de nada, e incluso ignoraba lo sucedido la noche antes. Para los demás, contando con el secreto profesional del doctor, el inglés no era sino un huésped más del alojamiento. Ellos sólo temían a los ya enterrados, no a los que aún vivían y obraban normalmente, en especial si esa persona era de Inglaterra.

Se metió la joven camarera de la posada en su habitación, cerrando tras de sí, como lo hacía siempre. Con llave y pestillo, pero más por miedo a los vivos que a los muertos. Que ella supiera, sus rotundas curvas, sus firmes nalgas y sus poderosos muslos, nunca habían sido objeto de atención para los difuntos, sino para los vivos, y muy vivos.

Entreabrió la ventana al paisaje, frío y nevado, en la noche de los Cárpatos, respiró honda, voluptuosamente, y se cimbreó por la angosta habitación de la buhardilla de la posada, donde se alojaba, comenzando a desvestirse tranquilamente, casi con fruición.

La blusa de tejido basto, blanco, con encajes, cayó sobre una silla de madera tosca. Luego, fue la falda. Un corpiño de fuerte algodón y unas enaguas crujientes, sobre las piernas firmes y los muslos macizos, era toda su ropa encima de la vigorosa carne bronceada por la nieve, la intemperie y los baños veraniegos en el río cercano, bajo el cálido sol.

Se encaminó al lecho antes de tomar su camisón, largo y discreto, de almidonado tejido blanco, como la obligaban a dormir los dueños del mesón. Sus senos poderosos vibraban sobre el corpiño. Las caderas hacían ondulaciones lascivas.

Nadie la veía. Ningún tipo podía subir hasta la buhardilla por el empinado tejado y la fachada sin salientes desde la planta baja, a menos que fuese un ser alado. Y de ésos sólo conocía una especie muy popular en Transilvania: los vampiros.

Sonrió, sardónica, tendiéndose sobre el lecho, sin cubrir sus opulentas formas. Culebreó sobre el cobertor, desafiando a la noche y a sus mitos. Sabía que ningún vampiro llegaría fácilmente hasta ella. Porque no existían. Nunca existieron. Estaba bien segura de eso.

De repente, clavó sus ojos en la ventana de vidrios emplomados. Ésta cedía lentamente, con un suave crujido. Debía de ser la fría brisa de la noche helada. Pero, no.

No era la brisa.

Alguien empujaba el postigo, inexorablemente. Ilonka, la moza, se incorporó en el lecho, alarmada, abriendo mucho sus oscuros ojos.

—Eh, ¿qué es eso? —masculló—. ¿Quién se atreve a…?

Sus pupilas se clavaron en la figura que apareció repentinamente en el hueco, proyectando una gigantesca sombra contra ella y el lecho, al situarse entre la mecha del quinqué del muro y su persona.

Algo aleteó, se agitó ante ella, como si un horrible monstruo flotara en el aire. El asombro y el horror se reflejaron en su mirada incrédula.

—Pero… pero ¿cómo es posible que…? —gimió roncamente.

Las alas batieron en el dormitorio de la buhardilla. Una forma alada saltó hacia ella. Unos ojos demoníacos, centelleantes, una boca abierta, de largos colmillos.

Se precipitó sobre su cuello desnudo, sobre sus senos enhiestos…

Poco después, aquellos dientes rezumaban sangre, tras un largo, espantoso grito de horror y agonía de la incrédula Ilonka, en la noche siniestra de Transilvania…

* * *

—Muerta… —dijo roncamente el prefecto Vasznay, apartándose de la cama y dejando caer la ensangrentada sábana sobre aquel cuerpo que un día fuera exuberante, saludable y vigoroso—. Desangrada, según parece…

—Dios mío… —la vieja Lilian Itzak, madre de Dobrinka, se persignó con celeridad, muy abiertos sus ojos, fijos en el lecho y en la forma humana que cubría la blanca tela—. Dios mío, pobre Ilonka…

En la puerta, Dobrinka se limitó a bajar los ojos y sollozar ahogadamente. El doctor Laszlo Kosic agitó la cabeza, muy pálido.

—Otra vez la maldición de los vampiros… —gimió—. ¿Cuándo terminará esto?

—Doctor, no sé si usted cree o no en los vampiros —replicó el policía, con un solemne carraspeo—. Pero mi obligación de agente de la autoridad es dudar de esas leyendas y atribuir a cada muerte violenta una razón puramente natural.

—Natural… —respondió la vieja Lilian—. ¿Usted cree que eso puede ser natural en modo alguno? ¡Ilonka está desangrada!

—Es lo que parece, sí —convino el prefecto, confuso—. Pero hay tantas razones plausibles para estas cosas… Se puede extraer la sangre de un ser humano por medios clínicos, usted lo sabe, doctor. Unas agujas hipodérmicas, una extracción masiva…

—Las agujas hipodérmicas no dejan las huellas que ella tenía en su cuello y seno, señor —se permitió objetar el doctor Kosic.

—¡Oh, ya basta! —Se enfureció el prefecto Vasznay, con gesto malhumorado—. Sé lo que puede hacer una aguja hipodérmica, pero también sé lo que haría alguien que quisiera matar a una

persona y acusar de ello a los vampiros.

—La puerta hubo de ser descerrajada violentamente —habló Dobrinka, con voz apagada—. Sólo la ventana estaba abierta, señor Vasznay. Nadie puede escalar ese muro fácilmente.

—¿No? —El policía miró a la muchacha con ira—. ¿Usted vive abajo?

—No. Precisamente porque vivo arriba, justamente a dos ventanas de ésta, en el lado opuesto de la buhardilla, sé que es imposible llegar a mí alcoba o la de ella. Sólo hay una angosta cornisa llena de nieve helada. Pero ningún camino desde abajo. Sólo volando llegaría alguien hasta mi alcoba o la de ella. Y las otras dos ventanas corresponden a un desván con grano, legumbres y embutidos de la matanza anual, señor prefecto. ¿Qué me dice a eso?

—Que examinaremos todo: la cornisa, su alcoba y ese desván. Luego, decidiremos —refunfuñó el prefecto, obstinado.

Pero todos, y él en primer lugar, sabían que el fracaso sería el resultado de todo aquello. No habría huellas de intruso alguno del exterior o de la planta baja, destinada a los huéspedes de pago de la fonda. Nadie podía subir así al tejado y buhardillas. Nadie, salvo… un vampiro.

* * *

—Un vampiro… —gimió roncamente Gordon Rose.

—Es lo que él dijo al final —suspiró Dobrinka, acariciando sus cabellos—. Pero eso no significa nada. El prefecto Vasznay también nació en estas tierras. ¿Qué quieres que piense, en realidad?

—Pero es que… es que tiene razón —se quejó Gordon—. Tuvo que ser un vampiro.

—¿Por qué tú? —Sonrió Dobrinka—. Aún eres un ser humano. Tu virus será curado, no lo dudo. No, querido. Hay que buscar otra clase de vampiros. Los *no-muertos* de estas tierras. Gente que esté aquí… viva o muerta. Preferiblemente muerta, si nos atenemos a la lógica.

—Cielos, si oyeran esto en Londres se echarían a reír o nos encerrarían por locos. Dobrinka. Y aquí… suena tan natural…

—El mundo es el mismo en todas partes. Y para todos. El prefecto debió tener razón. Alguien, no sé cómo, llegó a la alcoba de Ilonka. Era muy frívola, muchos le habían jurado tomarse revancha de sus desprecios… Otros la deseaban. Alguien llegó hasta ella y la mató. Disfrazar esa muerte con el aire del vampirismo tal vez no fuese tan difícil, después de todo.

—Pero está la cornisa, el piso alto… Tú misma lo dijiste, Dobrinka.

—Exacto. Y tú vives abajo. Eso te aparta de toda sospecha, ¿no?

—No… si soy un vampiro —jadeó Gordon—. Puedo elevarme, en tal caso. Volar…

—Estás diciendo tonterías. ¿Quién creería eso de ti?

—El doctor Kosic. Si no lo ha dicho al prefecto, es por evitarse problemas y evitármelos a mí. Tú misma, que sabes ahora…

—Yo no sé nada. No creo nada, Gordon —le miró con fijeza—. Será mejor que olvides eso, ¿quieres? Dijiste que… que mañana te marchas de aquí. ¿Por qué pensar locuras sin sentido?

—Mañana… —susurró Gordon—. A veces, las horas son casi una eternidad. Espero que, de este momento a entonces, nada nuevo llegue a suceder…

—Claro, Gordon —le dijo ella, con voz alentadora—. ¿Qué podría suceder?

—No lo sé, pero… pero empiezo a tener miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De mí mismo. Eso es lo peor, Dobrinka…

—Sigo pensando que todo esto es algo demencial, querido. ¿No has hablado con el doctor Kosic? Él tiene que demostrarte con algo más que palabras que su idea es lógica, que tiene algo de sentido, de razón…

—Va a demostrarlo —suspiré—. Me tomó ayer muestras de mi sangre. Va a analizarla esta misma noche, en el cercano hospital. La doctora Czeck, de Biología, va a ayudarle en la prueba. Mañana por la mañana sabremos algo positivo, sin duda alguna. Para bien o para mal… tendré una respuesta.

—Una respuesta que será beneficiosa para ti, y ahuyentará fantasmas de tu mente —sonrió Dobrinka, con optimismo, rodeando con sus brazos al joven inglés y atrayéndole tiernamente hacia sí—. Estoy segura de ello, Gordon…

—Yo… quisiera estarlo. Dobrinka. Más por ti que por mí… —musitó él.

Y sus labios se encontraron, en un contacto largo y cálido.

* * *

La doctora Czeck exhaló un largo suspiro. El doctor Kosic terminó de abotonarse su viejo gabán oscuro.

—Me marcho, amiga mía —manifestó—. No esperaba el parto de la señora Farka para esta noche, pero ya que las cosas fueron así, dejaremos ese análisis para otro día, ¿no le parece? Mañana podemos llevarlo a cabo tranquilamente…

—No, doctor —rechazó la joven doctora Czeck, alisándose sus cabellos oscuros, prematuramente canosos, estirados hacia la nuca. Se inclinó sobre el microscopio y los tubos de ensayo con muestras escarlata—. Aprovecharé la noche, puesto que tengo tiempo para trabajar en ello, aunque sea sola. Haré los análisis. Cuando usted vuelva, es posible que tenga ya los resultados completos.

—Pero, doctora, no debería de hacer todo eso usted sola, y…

—Doctor, está decidido —sonrió ella, enérgica—. Lo haré, puesto que no tengo nada mejor que llevar a cabo. No tema por mí. Sé trabajar a solas tan perfectamente como acompañada. No habrá errores.

—Sé que no los habrá. Nunca los hubo con usted. ¿Nos veremos de madrugada?

—Nos veremos, doctor. Y suerte para la buena de la señora Farka. Tenga cuidado con el hielo de los caminos…

El doctor Kosic se ausentó definitivamente. Poco después, rodaba su carruaje entre la nieve casi endurecida totalmente en los senderos, bajo la tenue luna nublada de la noche transilvana. Se alejó, perdiéndose en la noche y en la nieve. El pequeño hospital rural, con sus escasos pacientes, sus enfermeras ya dormidas y la doctora Czeck de guardia nocturna, pronto se vio envuelto en el más absoluto de los silencios…

La doctora caminó hacia su mesa de investigación en el laboratorio de análisis. La lámpara de petróleo, con fuerte llama azul, daba claridad intensa sobre las platinas, los tubos de ensayo y

el rojo violento de la sangre.

Tomó el microscopio, disponiéndose a estudiar las muestras sanguíneas del viajero inglés. Su nombre figuraba en una etiqueta, sobre uno de los tubos de ensayo de rojo contenido espeso:

> GORDON ROSE
> LONDRES, INGLATERRA

La doctora se sentó iniciando la tarea, analítica y fría, desapasionada y rutinaria casi, para una mujer como ella. Su blanca bata centelleaba bajo la luz del quinqué, en la soledad del recinto sanitario. Su gesto era grave, taciturno. Su mirada, preocupada y seria, fija en las lentes de aumento del instrumento óptico.

Tomó muestras sanguíneas de uno de los tubos de ensayo. No había seguridad alguna sobre aquella especie de virus o mal contagioso. Habitualmente, eran los muertos los que lo padecían. Pero el doctor Kosic tenía una idea. Valía la pena comprobarla o darle una negativa rotunda y definitiva. De cualquier modo, estaba allí para eso. El vampirismo, si era un virus o una bacteria transmisible por la sangre, podía terminar con todo un mito de siglos entre el populacho centroeuropeo.

E incluso podía iniciar una audaz teoría científica, que por vez primera apoyase seriamente la existencia del legendario mal.

Comenzó a centrar la visual del microscopio, a estudiar la sangre británica del joven Gordon Rose, forastero en los Cárpatos…

Fue entonces cuando captó el extraño batir de alas.

Un roce inquietante, allá afuera, en la noche nevada y frígida. Como si un ave aletease en torno al hospital.

La doctora Czeck se irguió, sorprendida. Miró por la ventana, entornada como siempre. Era partidaria de la ventilación, incluso en pleno invierno y con frío. Pero de repente, tuvo un cierto sentimiento de aprensión. Recordó algo que dijera el doctor, que oyera repetir a la gente en el pueblo y en los caseríos durante todo el día:

> Fue anoche en la posada… La pobre Ilonka, la moza de servir… No le valió de nada su fortaleza. La encontraron desangrada en su cama. Y el vampiro dicen que entró por la ventana de la buhardilla…

Llegó a los ventanales del laboratorio. Los cerró con rapidez, pasando el pestillo. Pero a través de los vidrios escarchados seguía viéndose, allá afuera, el fulgor de la luna, la albura de la nieve en la campiña… Para mayor seguridad, ajustó los postigos de madera y aisló el laboratorio del exterior.

Respiró hondo, apoyando la frente en la madera del postigo. Hizo un gesto, meneando la cabeza de lado a lado.

—¡Qué tontería…! —musitó para sí, riendo entre dientes—. Como una necia supersticiosa. Si me vieran ahora en la Facultad de Budapest, Dios mío… ¿Es que esa fantasía va a lograr influenciarnos a todos?

Se apartó de la ventana, andando de espaldas a su mesa de trabajo. Ella no notó, no pudo notar, el deslizamiento a su espalda, el avance de unas pisadas sigilosas tras de ella, la presencia de alguien cuya sombra, repentinamente, proyectó contra ella, el muro y las herméticas ventanas, una silueta oscura, alada, de amplio vuelo como uno capa, envolvente y misteriosa…

La doctora Czeck se volvió de repente. Quedóse mirando con profundo horror a la figura que emergía a sus espaldas, ahora frente a ella. Desorbitó los ojos, abrió la boca, empezando a emitir un grito largo y horrible…

Unos ojos demoníacos se fijaban en ella. Unas manos crispadas, como garras, aferraron su cuello… Unos dientes afilados, centelleantes, bajaron rápidos hacia su garganta. Hubo un jadeo ronco y maligno en el laboratorio.

El alarido largo y tremendo de la doctora fue ahogado por el ruido de aquel aleteo infernal. Algo parecido a un chirrido en la carne humana precedió a un siniestro gorgoteo. La sangre corrió por el cuello y el hombro, por el blanco uniforme de la doctora Czeck…

Luego, en el laboratorio, sólo quedó el silencio. Y en él, el sonido de una especie de ronca, ahogada succión monstruosa sobre la epidermis sangrante de la joven y atractiva mujer que intentara analizar la sangre de un joven inglés mordido por un murciélago dos noches antes.

CAPÍTULO IV

(Del diario de Gordon Rose)

—Eso es todo, doctor —dije roncamente, dejando de hablar.

El doctor Erwin Kellaway era algo más que un buen médico en Londres. Era también un neurólogo de primera fila. Tenía clientela incluso en la familia real. Y nunca alardeó de ello.

En su consultorio de Bond Street hubo un profundo silencio tras mis últimas palabras. Me estudió largamente, como si dudase de mi razón o pensara que me burlaba de él. Cuando menos, eso es lo que yo pensé.

Pero sus ojos oscuros eran graves cuando bajó la cabeza y anotó algo en un bloc situado frente a él. Luego, oí su voz tranquila, serena, inalterable:

—¿Es todo, Rose?

—Sí, doctor Kellaway —afirmé—. Es todo.

—Ya —siguió escribiendo cosas que yo no podía entender desde mi asiento. Quizá lo hacía a propósito. A los médicos les encanta escribir algo que nadie sino ellos sea capaz de traducir—. ¿Cuándo ha llegado a Londres, exactamente?

—Anoche —dije—. El tren me dejó anoche, a las 8.15, en la estación Victoria.

—¿Directo desde los Cárpatos?

—Puede decirse que sí. Directo desde allí, descontando mis paradas obligadas en Viena, Munich, Basilea y París. Un largo viaje de una semana. Apenas si me detuve en esos lugares, doctor. Ansiaba llegar a Londres.

—¿Se encuentra más seguro aquí?

—No lo sé —confesé—. Quisiera sentirme. Pensé que sí, que me sentiría totalmente a salvo de todas esas tonterías. Pero no ha sido

así.

—¿Sigue pensando seriamente en que… en que ese animal que le mordió en Transilvania era un vampiro?

—No lo pienso. Lo era.

—Bueno, aclaremos —sonrió el neurólogo, mirándome con seriedad—. Era un vampiro, por supuesto. Pero de los que la zoología admite como vulgares. Un quiróptero, en suma.

—Sí, pero el doctor Kosic…

—Deje ahora al doctor Kosic. Olvide su diagnóstico. ¿Se cree culpable de la muerte de la moza de su posada, Rose?

—Pensé que podía serlo, sí.

—¿Y… de la doctora Czeck, la víspera de su salida hacia Inglaterra?

—Pues… pude ser yo. No tengo noción de ello, no soy consciente de haber hecho daño a nadie, pero si una de las víctimas murió a poca distancia de mí, casi justo sobre mi propio dormitorio, y la segunda estaba intentando analizar las muestras de mi sangre, que resultaron destrozadas en el ataque del vampiro que la desangró… ¿qué podríamos decir de todo ello, doctor?

—Posiblemente que todo ello sea una coincidencia diabólica. O que alguien pretendiera culparle a usted de sus tropelías.

—¿Los vampiros buscan coartada? —dudé.

—Esa pregunta tiene gracia —rió de buen grado el doctor Kellaway, echando atrás su rubia cabeza. Luego me miró, más seriamente—. Rose, usted es un ciudadano inglés, serio y consciente. No ha nacido en esas tierras ni ha vivido apegado a sus costumbres y creencias. ¿Acepta tácitamente la existencia de… de vampiros? Me refiero a algo más que simples mamíferos alados. Me refiero, claro está, a los que ellos llaman vampiros. A los *no-muertos*. ¿Cree usted en ellos, Rose?

—Nunca creí, doctor —confesé, perplejo.

—Pero… ¿cree ahora? —insistió él, sin quitarme los ojos de encima.

—Sí —confesé abruptamente, bajando la cabeza—. Sé que es vergonzoso, ridículo, y todo lo que usted quiera. Pero creo en ellos. Sé que existen. No me pregunte cómo. Existen, eso es todo.

—¿Sólo en Transilvania? —Una sombra de sonrisa irónica flotó en sus labios.

—No sé. Nunca me pregunté eso, doctor Kellaway…

—Conscientemente, quizá no. Pero subconscientemente, usted ha venido presuroso a Inglaterra. Porque, en el fondo, piensa que aquí no hay vampiros. ¿Se da cuenta de eso?

—Pues… sí —confesé—. Creo que sí. Me doy perfecta cuenta, doctor. Tal vez lo piense así, aunque no lo haya advertido de un modo consciente.

—Si su caso fuese como dijo el doctor eslavo que le atendió, todo esto no tendría sentido. Usted seguiría llevando el mal en su sangre y no lograría otra cosa que portar aquí el germen de un nuevo mal altamente contagioso y terrible: el vampirismo.

—Debo parecerle un necio, un demente, ¿verdad? —me sentí terriblemente ridículo de pronto.

—Por el contrario. Rose. Me parece usted un caso interesante. No acostumbro a rechazar nada, por extraño que sea. Lo que la doctora Czeck y el doctor Kosic no llegaron a llevar a cabo en Transilvania, vamos a hacerlo nosotros aquí. Tomaré muestras de su sangre. Analizaremos eso. No espero que ningún vampiro interrumpa mi tarea, si he de serle sincero. Pero si usted fue… contaminado por una mordedura, algo en su sangre revelará ese fenómeno, no lo dude. Entonces será el momento de actuar de un modo u otro.

—¿Y si no hubiese nada en mi sangre?

—Entonces, amigo mío, usted sería una persona perfectamente normal, influenciada por la atmósfera de un lugar supersticioso donde no todo lo que ocurre parece tener explicación. Y eso sería todo.

—Ojalá sea así. Pero tengo cierto miedo, doctor. Miedo a ese análisis, miedo a mí mismo…

—Deseche preocupaciones —dijo, tomando una aguja hipodérmica, con jeringuilla de gran tamaño, y unos tubos de ensayo, que rotuló—. Deme muestras de su sangre… y váyase esta noche a cualquier sitio menos a dormir y a pensar en su problema aparente. Elija a una chica hermosa, vaya a bailar, a divertirse, y piense que los únicos vampiros que conocemos aquí en Londres, peligrosos para las chicas, son los que las atacan en solitario, pero no con ánimo de morderles la garganta precisamente, ni por sed de sangre…

La suave carcajada del doctor Kellaway tuvo la virtud de darme ciertos ánimos y hacerme pensar como yo pensaba antes de ir a Londres. Asentí, ceñudo, echando un poco la vista atrás, pero sin pensar siquiera en Transilvania, en Dobrinka o en los vampiros.

—Sí —admití—. Espero encontrar a la chica… Y ella se ocupará de lo demás, doctor.

—Perfecto —rió él de buena gana—. Diviértase hoy. Y mañana, a primera hora de la tarde, venga a verme. Tendré su análisis listo.

Debo admitir que, cuando abandoné la vivienda del notable médico de Bond Street, me hallaba mucho mejor que a mí llegada. La prueba es que fui en busca de Karin Knox. Y que, pese a todo lo sucedido antes, ella acogió con entusiasmo mi visita, y aceptó mi invitación para la cena, el baile y todo cuanto se nos presentara aquella noche…

Uno vez más, las cosas volvían a ser como siempre habían sido. Lo demás, se perdía en aquel negro paréntesis de mi vida que significaba mi visita a los Cárpatos. De todo ello, era mejor olvidar su totalidad. Excepto a Dobrinka, naturalmente.

Me hubiera gustado verla de nuevo, tenerla cerca de mí, en Londres. Era mucha la distancia que ahora nos separaba. Pero también era mucha la distancia entre mi persona y una leyenda diabólica, que en Londres parecía no tener sentido alguno.

Quizá por ello, me divertí aquella noche con Karin. Más de lo que nunca me había podido divertir con ella.

* * *

—Oh, querido, has venido tan cambiado de tu viaje por el continente…

—¿Cambiado? —Sonreí—. ¿Para bien o para mal?

—Para lo mejor del mundo —me besó en la punta de la nariz, haciendo un gracioso mohín con sus rojos labios gordezuelos—. Eres adorable, Gordon. Y hacía tiempo que habías dejado de serlo, la verdad.

—Tal vez fue por culpa de ella… —recordé, arrugando el ceño.

—Ella… —el rostro de Karin, radiante toda la noche, se ensombreció de súbito—. Oh, por favor, no hables de eso ahora. No

la soporto.

—¿Te ha hecho algún mal?

—Ninguno. Si acaso el único fue acaparar a Gordon Rose, que estaba lo bastante ciego por ella como para no ver nada más allá de sus narices. Por fortuna, la droga dejó de surtir efecto, ¿no?

—Sí —reí de buena gana. Arrugué el ceño—. Es como una droga. Creo que Ludmilla es lo más parecido a una droga que conocí jamás, has dicho lo justo. Quizá por ello… ahora me siento desintoxicado, Karin.

—Y volviste a mí. Y reíste, y bailaste, y te has divertido, como hacía tiempo que no te divertías, cariño —me elogió Karin, con entusiasmo—. Por ese lado, tu viaje a Europa ha sido todo un acierto. ¿Conociste a alguna chica bonita?

—Bueno, no es tema para hablar con una muchacha como tú —protesté.

—¿Por qué no? —Rió ella—. ¿No soy tu amiga y confidente, Gordon?

—Llegué a creer que ya no desearías serlo nunca más después de… de lo que te hice, querida.

—Eso prueba tu poca fe en las mujeres. ¿Obra de Ludmilla? ¿O simple complejo?

—Me gustarla tener una respuesta para eso, preciosa —confesé, riendo—. Digamos que de todo un poco. Pero veo que la fiel Karin sigue siendo fiel ante todo.

—Aún no me has contestado a la pregunta. ¿Alguna chica en el continente?

—Sí —mis ojos se ensombrecieron. Recordé, sin querer, la nieve de Transilvania, la luna, la noche pálida, los ajos y los muérdagos. Y los vampiros, claro… Añadí, tras un silencio meditativo—: Sí, una chica. En Transilvania. Cerca de Budapest.

—Ya entiendo. ¿Bonita?

—Mucho.

—Y joven, claro.

—Claro —sonreí—. Una muchacha sencilla, encantadora…

—¿Amor? —Enarcó las cejas Karin.

—No sé… Creo que sí, Karin.

—Vaya… —suspiró ella—. Lo de siempre. Yo soy la eterna amiga. Y otra, una nueva, se convierte en tu repentino amor. ¿Es

igual que lo de Ludmilla?

—No —rechacé—. Es distinto. Muy distinto.

—Ya. Amor verdadero, ¿no?

—Podría serlo.

—¿Piensas mucho en ella?

—Sí, mucho.

—Son toda una serie de síntomas alarmantes. ¿Por qué no te quedaste allí con ella?

—¿Quedarme? —Un repentino escalofrío me asaltó—. Oh, no…

—¿Qué te ocurre? Ni que nombrase al diablo…

—El diablo… —entorné los ojos. Evité responder lo que pensaba —. Es que no lo entenderías. Era sólo una posada aislada. Nieve, bosques, montañas, casas rurales, un pueblo a algunas millas…

—¿Qué importa todo eso si amas a una mujer, Gordon?

—Bueno, quizá algún día regrese —eludí—. Pero tenía que volver, ¿entiendes?

—No del todo. Tienes negocios, lo admito. Pero tus socios pueden llevarlos. Tu amigo Lionel puede ayudarte en todo aquí… Él hubiera encontrado bien que te quedases.

—Lionel… —recordé al buen amigo y asentí—. Sí, es posible. Pero hay cosas que sólo uno puede hacer. No hubiera estado tranquilo. Por eso volví, Karin.

—Hubiera sido hermoso oírte decir que volvías por mí —se quejó ella, lastimosamente—. Claro que también hubiera resultado una mentira demasiado grande. Tú eres siempre sincero, querido. Y te lo agradezco de veras. ¿Cómo se llama la chica?

—Dobrinka.

—Dobrinka… Tiene resonancias eslavas. Un bello y extraño nombre para los londinenses, sin duda. Oye, Gordon, por casualidad… ¿Ludmilla no es también de por allí?

Me quedé petrificado. Repentinamente, todo se agolpó en mi mente. Evoqué lo que Ludmilla Style me dijo una vez, hace tiempo, cuando me tenía absorbido totalmente con su magnetismo, su personalidad fascinante, su belleza increíble:

> Mi padre era inglés, pero yo nací en Centroeuropa… En un pequeño pueblo rumano… más allá de los Cárpatos. Muy lejos de aquí, Gordon. En un lugar fascinador, que te cautivaría si lo conocieses, y donde todo parece posible…

Donde todo parece posible…

Era como una premonición. O un aviso. O porque, realmente, así eran las cosas en Centroeuropa. Ahora lo sabía yo. Sabía algo que ella nunca imaginaría, pese a ser eslava…

—Sí —dije roncamente—. Ahora lo recuerdo, Karin. Ella… también es de allí… Ni siquiera había vuelto a pensar en ello.

—Los hombres sois todos un desastre —se quejó Karin—. Cuando queréis olvidar a una chica, incluso olvidáis todo lo que a ella se refiere…

Yo apenas si la escuchaba. De pronto, el comentario trivial que poco antes formulara Karin, había abierto ante mí un tremendo e insólito horizonte de posibilidades. Como en un vago recuerdo, como una turbia evocación, la figura hermosa, arrogante y fantástica de Ludmilla Style, emergía ante mi pensamiento. Y, con ella, palabras suyas lejanas, que entonces no tenían sentido alguno y ahora, de repente, cobraban una dimensión nueva y profunda:

> Gordon, yo… yo conozco muchas cosas de mi tierra… Cosas que nadie aquí aceptaría. Hechizos y supersticiones que en Londres parecen imposibles, son allí parte de nuestra propia vida. Y hasta de nuestra muerte… Yo… yo, Gordon, he visto a los muertos salir de su tumba… y he aprendido muchos secretos de los *no-muertos*, que la gente llama vampiros…

Recordé vagamente que me habla reído a carcajadas, burlándome de ella y del tema. Ludmilla, como dolida, habla dejado de hablar de ello esa noche. Y no se volvió a mencionar el tema, como un tabú o un asunto prohibido.

De eso hacía tiempo, cuando ella y yo éramos algo más que simples amigos, cuando creí que sólo Ludmilla y su pasión podían llenar mi vida intensa y totalmente…

Ahora, de pronto, al pensar en todo ello, no podía evitar el recordar que Ludmilla estudió Medicina, que quiso ser investigadora de laboratorio, que entendía tanto de ciencias como de otras cosas más ocultas y enigmáticas, más allá del humano entendimiento.

Creo que volví a portarme mal con Karin. Porque apenas si la escuché el resto de la noche. Y cuando la acompañé a su casa, mucho antes de lo previsto, y me despedí de ella, ni siquiera me dio

un beso o me despidió cariñosamente. Su puerta tuvo un seco chasquido al cerrarse ante mis narices, como muestra elocuente de que el final de la velada había sido un fracaso. Y todo por culpa mía.

Emprendí el camino sin rumbo fijo. Sin saber adónde ir. De repente, me encontré en Marylebone, no lejos de Wigmore. Deambulando en la noche, solitario y preocupado, entre la espesa neblina de la noche otoñal londinense.

Desgraciadamente, tenía su sentido y su lógica encontrarse allí, precisamente allí.

La prueba de ello es que, súbitamente, alguien tocó mi hombro, asomando su mano desde la profunda masa gris de la niebla, y una voz susurró a mí oído, sardónicamente:

—¿Te has perdido, Gordon? Si quieres, puedo ayudarte a encontrar tu camino… o dejar que vuelvas a hundirte en la oscuridad.

Me volví. Me quedé mirando a la figura alta, esbelta y sombría que se alzaba tras de mí, con aquella capa negra, flotante como las alas mismas de un murciélago humano.

Sentí un escalofrío, pero el rostro risueño y amistoso no tenía nada de aterrador.

—Lionel… —murmuré, perplejo—. ¿De dónde sales, amigo mío?

CAPÍTULO V

Lionel Strange contempló largamente a su amigo, con irónica sonrisa.

Luego, ambos se fundieron en un abrazo lleno de afecto y fraternidad. Al apartarse, la sonrisa de Lionel Strange, el hombre alto, joven y moreno, se había borrado un poco. Sus ojos oscuros chocaron con las grises pupilas de Gordon Rose, a la claridad lechosa de una farola de gas, cuya claridad flotaba sobre ellos.

—Gordon… —musitó—. Gordon, muchacho, estaba deseando verte. Me dijeron en tu oficina, en el club, en la cantina y hasta en el estanco, que habías vuelto del continente…

—Y me has encontrado en Londres, en plena madrugada —comentó Gordon, irónico—. Magnífico olfato el tuyo…

—Soy un poco sabueso, ya sabes —rió entre dientes Lionel, manejando con gracia su bastón negro, delgado, de empuñadura de plata—. Un poco de olfato en el club, otro poco en tu restaurante habitual, la información de que ibas a bailar con Karin… y luego, el hecho de que había luz en casa de Karin demasiado pronto. Ella había regresado. Quizá un poco de enfado. Y el hombre que estuvo en Centroeuropa, busca a una centroeuropea de quien estuvo locamente enamorado. Todo ello pura y fría lógica, ¿no?

—Casi aciertas en todo. No, no hubo enfado. Pero no sé por qué he venido hasta aquí, Lionel.

—¿No sabes por qué? —Había sarcasmo en su educada voz de *gentleman*. Elevó su bastón, señalando a un punto en la niebla—. Ahí, a una manzana solamente, vive ella, Ludmilla Style. No me dirás que lo olvidaste, ¿no?

—Vete al diablo —se enfureció Gordon—. No, no lo olvidé. Pero ha sido instintivo venir hasta aquí. Algo mecánico…

—¿Llamas así al amor, la pasión o el deseo?

—¡No hay nada de eso! —rechazó Rose—. No lo entenderías

aunque te lo contase, Lionel. Ocurrió algo en Centroeuropa. Quisiera consultarlo con ella…

—¿A las dos de la madrugada, y en su casa? —Se echó a reír de buena gana—. Vamos, vamos, ¿es que crees que soy imbécil, mi querido amigo?

—Esta vez te equivocas. Es algo grave. Si te lo dijese, te reirías más aún. Es… es sencillamente grotesco. Y, sin embargo, hoy he visitado al doctor Kellaway a causa de ello. Yo podría ser un tipo peligroso incluso para ti, Lionel, en estas calles solitarias y llenas de niebla, si todo ocurriera como me dijeron en Europa.

—¿Tú, peligroso? —Se sorprendió Strange—. Tu sentido del humor ha cambiado en ese viaje, no hay duda. Nunca te oí un chiste parecido.

—No es un chiste, Lionel —le puso una mano en el hombro—. Quiero que sepas algo: si voy en busca de Ludmilla Style es porque algo me conduce a ella, y no es nada carnal ni pasional, como pudieras creer, sino algo que está más allá de todo lo imaginable… Mira, Lionel. ¡Mira esto, y no lo olvides nunca!

Gordon se apartó bruscamente el cuello duro de su camisa. Mostró la señal de los dos incisivos, cicatrizada, pero prominente aún, en la parte inferior de su cuello.

Luego, con paso largo y rápido, se alejó, haciendo sonar su calzado huecamente sobre el empedrado callejero, hasta hundirse en la niebla.

Lionel Strange, su amigo, no hizo nada en absoluto. Se limitó a permanecer quieto, rígido, como sorprendido de lo que viera en la piel de su amigo, bajo la blanca camisa.

—Diablo… —musitó—. Una mordedura… Parecía de un animal salvaje… O, tal vez, de un vampiro…

Se quedó mirando a la niebla. Ésta había engullido ya la arrogante figura de Gordon Rose, el hombre que volvió de Europa.

* * *

La puerta se abrió despacio. Muy despacio en la niebla…

Gordon Rose siguió esperando. Impávido, inexpresivo. Erguido ante la entrada, repentinamente iluminada de amarillo intenso.

Una figura se recortó en ella. Unos ojos penetrantes escudriñaron la sombra exterior. Una voz seca preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué busca a estas horas, caballero? Sin duda equivocó la casa…

—No, no la equivoqué —negó secamente Gordon—. Es la vivienda de Ludmilla Style. Vengo a verla a ella.

—Ludmilla Style no recibe a estas horas —fue la réplica áspera —. Nadie recibe a estas horas, y menos una dama, señor. Si ha bebido de más, será mejor que…

—Escuche, esbirro —se irritó Rose—. ¡Ludmilla Style siempre se acostó tarde, y me recibió en plena madrugada, si fue necesario! ¿Me ha entendido bien, imbécil? ¡Soy Gordon Rose, y exijo ver inmediatamente a la señorita Style!

El hosco sirviente pareció dispuesto a replicar con la violencia a las exigencias de su visitante nocturno. Pero Gordon, súbitamente, le aferró por un brazo, volteándolo fácilmente hasta que el otro, pese a su corpulencia, cayó en la acera, con fuerte impacto.

—Maldito entrometido… —le oyó silabear—. Le voy a dar un escarmiento, cochino rufián…

Un acero centelleó en la mano del sirviente, con agrio chasquido. El arma apuntó, ominosa, hacia el cuerpo de Gordon Rose. Él se encogió, presto a luchar.

—Ya basta —cortó una voz glacial, en la niebla—. Cooper, guarda tu navaja. Y tú, Gordon, deja a un lado tu agresividad. No es forma de presentarse en casa de una buena amiga, ¿no te parece? Y menos a semejantes horas…

Se miraron ambos, a través de viscosos jirones de grisácea niebla. La luz amarilla del interior arrancó destellos dorados de unos ojos profundos, rasgados, casi color púrpura, bajo las sedosas pestañas oscuras. Una melena tirante, peinada atrás, como la de cualquier mujer eslava, ponía rasgos exóticos en su rostro anguloso, de acentuados pómulos y hundidas mejillas. La boca, grande y carnosa, sonreía entre fría y lasciva. Una especie de gran bata o manto de terciopelo rojo oscuro envolvía su figura, como la de una emperatriz de otros tiempos.

Su voz era un murmullo frío y autoritario como ella misma. Despedía magnetismo, igual que su rostro y su figura. Su criado se puso en pie, malhumorado, obedeciendo. Guardó el acero, miró con

ira a Gordon y regresó a la puerta, parándose junto a la dama, protector.

—Perdona, Ludmilla —murmuró Rose, avergonzado—. Creo que me excedí. No sé si habrá sido el champaña, la excitación de venir a verte… o el nerviosismo que me domina.

—¿Tú, nervioso? —dudó ella, concisa—. Extraña cosa ésa en ti, Gordon…

—Las cosas han cambiado. Y mucho —jadeó él.

—Así debió ser, para que esto sucediera. ¿Qué vienes a buscar?

—A ti. Quiero verte.

—Bien. Ya me has visto.

—¡Oh, no es eso, y lo sabes! —Se irritó—. Quisiera hablar contigo. A solas, Ludmilla.

—Extraña petición. Hace tanto tiempo que no hablamos… Y menos, a solas.

—¿Te gusta ser sarcástica?

—Sabes que sí —hizo un gesto majestuoso—. Está bien. Entra, Gordon. Hablaremos a solas si es tu deseo. Cooper, déjanos solos. El señor Rose es persona de confianza, aunque te haya parecido lo contrario…

Gordon Rose avanzó. Cruzó el umbral. La luminosidad amarilla lo engulló, junto a la dama hermosa, de inquietante silueta. Se cerró la puerta en la niebla.

La calle Wigmore, en Marylebone, quedó de nuevo oscura y silenciosa.

* * *

—Mi amado Gordon… Has vuelto al fin a mí. Lo preveía. Lo esperaba. Tenía que suceder así…

La voz profunda de ella resonaba con inflexiones graves, magnéticas, que parecían acariciar la piel del hombre.

Ella tenía esa facilidad: la de atraer, seducir, complacer incluso con la voz, lo mismo que con el destello hondo de sus ojos, o con el rictus sensual de su boca carnosa. Con un movimiento sutil y envolvente de aquel cuerpo flexible, alto, elástico como el de un felino, poseedor de una fuerza cautivadora inmensa.

Y lo sabía. Ella sabía que era irresistible para cualquier hombre. Que podía manejar a un admirador como el propio felino lo harta con un incauto ratoncillo caído en sus zarpas aterciopeladas.

Sin embargo, nada de eso sucedió ahora, tras hablar ella. El hombre erguido enfrente, continuó impasible, contemplándola con cierta frialdad.

—No, Ludmilla —negó gravemente Gordon Rose—. No es lo que imaginas. No he vuelto a ti. Aquello creo que terminó definitivamente. No hay ya amor en mí.

—Si no fuera así, Gordon, ¿por qué habrías de estar aquí ahora, en mi propia casa, pidiendo verme y hablarme, solos los dos? —dudó ella, enarcando sus cejas, como dos arcos perfectos, sobre la mirada insinuante, dominadora, apasionada.

—Porque te necesito, Ludmilla —murmuró Gordon.

—Me necesitas… Tú, Gordon Rose, me necesitas. Y aún dices que ya no queda en ti nada de todo aquello. Una mujer como yo, ¿para qué otra razón sino para amarla y ser amado podría necesitarla un hombre? Gordon, ¿por qué no confiesas la verdad?

—Quiero hacerlo. Pero antes prefiero romper todo malentendido, Ludmilla. Te juro que no es amor lo que me inspiras ya. Sigo admirándote. Sigo diciendo que no existe en el mundo, posiblemente, mujer alguna como tú. Pero… pero no te amo. Sólo te necesito para que me ayudes.

—¿Ayudarte? —Ella sacudió su cabeza con altivez. Repentinamente, algo helado asomó a sus pupilas—. No te comprendo. ¿Qué ayuda puedes necesitar de mí?

—¿Tú qué supones? —Se impacientó Gordon.

—No lo sé. No te puedo comprender. Regresaste enigmático y desconcertante, Gordon. Hay algo diferente y extraño en ti…

—Diferente y extraño… Sí, Ludmilla. Eso es lo que ocurre. El Gordon Rose que se fue a Centroeuropa ya no existe. En su lugar, ha vuelto un hombre distinto. Terriblemente distinto, por desgracia.

—Sigo sin entenderte, querido.

—Ven. Mírame… —Rose se irguió, la mirada muy fija, la expresión fría y hermética. Dio unos pasos hacia ella por la amplia estancia recargada de ambiente perfumado, de bellos cuadros, espejos de pesado marco dorado, volúmenes en los estantes, figuras y elementos decorativos de otros países, cortinajes y mobiliario

propio de un palacio—. Mírame, Ludmilla, al fondo de los ojos. Tienes que ver algo en mí. Tienes que penetrar en lo hondo de mí ser y descubrir mi terrible secreto…

—¿Qué… qué secreto? —musitó ella.

—Búscalo en la sima de mis pupilas… Búscalo, tú que dices saber cosas extrañas y prohibidas de otros lugares… Tú que naciste en tierras donde todo es posible, incluso lo sobrehumano, lo que está más allá de la vida y de la muerte…

—No —negó despacio ella, con un suspiro. Desvió sus ojos de los de él—. No veo nada, Gordon. Nada que me revele el misterio de tus palabras…

—Pero… ¿es que no lo comprendes? ¿No te das cuenta? —Caminó hasta un espejo, se contempló en él con gesto exasperado y alzó una mano crispada, nerviosa—. ¿No lo entiendes, Ludmilla? Ahora… ¡ahora me veo reflejado en el espejo! ¡Como tú misma, como todo lo que hay en esta habitación! Pero pronto, muy pronto… no habrá nada ahí cuando yo me asome. No me veré en él, ¿vas entendiendo? ¡No podré ver mi imagen reflejada en espejo alguno!

—Dios mío —musitó Ludmilla dando un paso atrás, sobrecogida. Le miró, con vivo horror—. Un… un… un vampiro.

—¡Sí, un vampiro! —jadeó, pálido, desencajado, cayendo sobre su frente un mechón de rebeldes cabellos, Gordon Rose—. Ahora lo has dicho, Ludmilla. Un *no-muerto*. Uno de ellos. Pero vivo. No he muerto aún. No moriré ya jamás, según se entiende entre nosotros el descanso eterno. Estoy contaminado, Ludmilla. Creo… creo haber matado ya a dos seres, a dos mujeres indefensas, de un modo horrible, allá en Transilvania…

—No puede ser… Gordon, te burlas de mí…

—¿Y tú dices eso? ¿Tú, que afirmas que todo puede suceder allí en tus tierras? Allí estuve, y fui mordido una noche por un ave nocturna, un murciélago…

—Pudo ser sólo eso: un simple murciélago…

—No, no lo era. El doctor Kosic lo afirmó. Era un vampiro. Dejó su sangre en la mía. Se apoderó de mí definitivamente, tú lo sabes. Ocurrieron cosas. Cosas que nunca habían sucedido allí desde remotos tiempos… Corrió la sangre. Mucha sangre… Y, horrorizado, hui de allí, vine a Londres en busca de paz, de volver a

ser el que siempre he sido.

—Gordon, si lo que dices es verdad… vayas a donde vayas seguirás siendo ya… un poseído de ellos, un vampiro… —susurró ella.

—Lo sé. Conoces la amarga verdad. Pero tiene que haber algo que pueda hacerse…

—Nada, que yo sepa —negó ella, sobrecogida.

—¡Ludmilla, no sólo eres una mujer de esos países! ¡Estudiaste Medicina, Biología…! ¡Tú has de saber algo sobre todo esto! ¡Acaso puedas… puedas hallar el medio de que… de que mi sangre se limpie de la nefasta semilla, y yo vuelva a ser un humano como cualquier otro, y no una de esas horrendas criaturas de pesadilla!

La hermosa hembra paseó lentamente por la sala. Se detuvo junto a unos libros alineados en una estantería, al lado de una figurilla de porcelana austríaca. Su voz sonó lenta, reposada:

—¿Qué pretendes de mí, exactamente?

—Ya te lo dije antes —jadeó Rose—. Tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? Yo nada puedo contra los vampiros.

—No te voy a pedir ajos o una cruz, Ludmilla. Te pido ayuda científica. Si alguien puede prestármela en Londres, ese alguien eres tú. Un médico analiza mi sangre en estos momentos, el doctor Kellaway, pero ¿qué encontrará en ella? ¿Sabrá a estas horas que yo soy realmente lo que dije ser? Mañana, cuando me lo comunique, ¿qué hará él conmigo? ¿Entregarme a las autoridades o hincarme una estaca en el pecho, destrozándome para siempre el corazón y purificando así mi alma para la eternidad?

—¿Por qué no esperar y confiar en ese médico, Gordon?

—Porque quiero confiar en alguien más. Alguien que sepa lo que eso significa, que no se burle de los vampiros. Que haya nacido y crecido entre leyendas así, y diferencie el mito de la realidad. Ludmilla, necesito tu ayuda. Haz algo, te lo ruego.

—¿Buscas a la mujer a quien amaste, a la investigadora científica… o a la nativa de Transilvania, que vio tumbas abiertas en la noche y escuchó el susurro de los pasos de los *no-muertos*, regresando antes del alba a sus criptas?

—Busco a la mujer que pueda devolverme la paz y la normalidad.

—¿Y crees que yo puedo ser esa mujer? —indagó con extraño

tono Ludmilla.

—Sí, lo creo.

—¿Qué te lo hace pensar con tal convicción, Gordon?

—No… no lo sé —confesó él—. Incluso yo mismo estoy sorprendido de esta reacción mía, de haber venido aquí esta noche. Es como… como si algo superior a mí guiara mis pasos y condujese mi voluntad. Así he llegado hasta ti. Y así, pese a tus negativas, sigo pensando que mi única esperanza está en ti.

Hubo un largo, profundo silencio. Ludmilla Style paseó por la amplia habitación, con aspecto frío y reposado. Existía algo inquietante y oscuro en ella, que Gordon hubiera deseado descifrar en esos momentos.

—Muy bien —dijo al fin, deteniéndose ella. Miró con profundidad a su visitante—. No sé cómo llegaste a saberlo, pero… tengo el medio de arrancarte del mundo de los muertos.

—¡Ludmilla!

—Espera —alzó, solemne, una mano abierta, como en un conjuro—. No confíes demasiado. No lo intenté jamás. Es un rito prohibido en Transilvania. Los *no-muertos* ya no descansarían jamás, hasta aniquilarme, si supieran que hago esto por alguien. Pero los resultados son aún una gran incógnita, Gordon. Puede ser un éxito, y estarás a salvo. Puede fracasar… y todo seguirá igual.

—Inténtalo, te lo ruego.

—Es gracioso. Tú, que me abandonaste, que ya no me amas, que has humillado mi orgullo de mujer, rechazándome… me pides ahora que lo intente… y sea tu mayor ayuda en este y en el otro mundo terrible que aguarda a los poseídos del virus maldito…

—Perdona mis sentimientos, Ludmilla. Si lo haces, te guardaré eterna gratitud.

—Gratitud… Pero eso no es amor, Gordon —dijo, sarcástica, sin dejar de mirarle.

—Lo siento —Rose bajó la cabeza—. Me parece más noble confesar la verdad. Ya no podría amarte. Pero sí ser tu mejor amigo, casi tu hermano, si haces por mí lo que has dicho…

—Amigo, hermano… —una sonrisa desdeñosa curvó sus carnosos labios—. Supongo que es todo lo que puedes llegar a sentir ya por mí. Y en cambio, prefieres a una muchacha estúpida como Karin Knox… O como Miriam Seaton, la rica heredera, con quien se

dijo que ibas a casarte…

—Miriam Seaton… Tonterías, Ludmilla. No hay nada cierto en eso. Tampoco es nada serio lo de Karin. Sólo una buena amistad entre hombre y mujer, te lo aseguro…

—Me gustaría estar segura de todo eso, Gordon —le estudió fríamente. Se acercó a él, le puso las manos en los hombros, hundiendo la aguda centella de sus ojos en los de él—. Me gustaría estar segura de muchas cosas sobre ti. Si yo… si yo fuese una de ellos, te poseería para siempre, dejando que fueses lo que ese monstruo de Transilvania quiso hacer de ti. Pero no temas…

Soltó una breve carcajada ante la repentina aprensión de Rose, y continuó, risueña:

—No, no temas… No soy nada de eso. Aún me veo en los espejos, ¿no lo has notado? Al parecer, eres tú quien muy pronto dejará de contemplarse. Ven, Gordon. Vamos a intentarlo todo. ¿Te pones incondicionalmente en mis manos?

—Incondicionalmente, sí —afirmó Rose, solemne.

—Es toda una prueba de confianza —rió entre dientes, sarcástica—. Espero merecerla en el futuro, Gordon. Ven. Vamos a intentar hacer de ti un hombre diferente al que ha llegado aquí. Muy diferente…

Y alzó una cortina, al fondo de la sala, mostrándole una puerta cerrada. Giró el pomo con sencillez y se hizo a un lado, invitando a Gordon, susurrante su cálida y persuasiva voz:

—Entra, querido… Entra conmigo.

Rose obedeció. Entró con ella. Y la sorpresa paralizó su gesto y su voz.

* * *

—Pero… ¡pero esto es un completo laboratorio, Ludmilla!

—Lo es. El más completo, quizá, que exista hoy en día en Londres —afirmó ella, calmosa, con fría indiferencia.

—No… no me lo dijiste jamás. Nadie sabe nada de esto…

—¿Por qué tendría que mencionarlo? —Se encogió de hombros—. Es mi pequeño secreto.

—¿Qué es lo que haces aquí, Ludmilla? —contempló, fascinado,

el instrumental, los elementos de química, las mesas de trabajo, todo cuanto constituía la más completa instalación en su género que recordaba Gordon haber visto.

—Investigo.

—¿Qué investigas, exactamente?

—La vida y la muerte —sonrió ella con ironía. Puso una mano larga, marfileña, de dedos sensitivos y largas uñas afiladas, en el brazo de Gordon—. No soy alquimista. Sólo bioquímica. Lo que siempre quise ser. Pero nunca obtuve el título.

—Ludmilla, ¿qué piensas hacer?

—Te dije que confiaras en mí. Es lo único que puedes hacer ahora.

—Confío en ti. Confiaba incluso antes de… de ver todo esto.

—Tu fe en mí es sorprendente, Gordon —sonrió burlona—. Como dijiste, algo ajeno a ti debió guiarte esta noche para que vinieras a mí casa. Lo cierto es que no quería ayudarte. No me parece justo hacerlo, para que te vayas a los brazos de otra mujer.

—Ludmilla, una cosa es el amor. Otra diferente el ayudar a un ser humano en peligro. Por simple humanidad…

—No me gusta ser humanitaria. Y menos, con un hombre infectado por ese mal diabólico. Es peligroso mezclarse en los negocios de los *no-muertos*, ¿sabes, Gordon? Mi tierra es un mundo de inquietantes poderes no dominados por la ciencia. No me gustaría ganarme el odio o el afán de venganza de los vampiros.

—Ludmilla, ¿cómo esperas hacerlo, en realidad? Dicen… dicen que un contaminado por la mordedura del vampiro ya no puede dejar de ser lo que ellos quieren. Que hasta la última gota de sangre de nuestras venas queda saturada del mal…

—Se dicen muchas cosas. Unas son ciertas. Otras, no tanto. Ven. Tiéndete ahí —le señaló una mesa con correas, en un extremo de la estancia destinada a laboratorio—. Luego, relájate. Lo demás, es cosa mía…

Rose, como sonámbulo, caminó hasta aquella mesa. Se tendió dócilmente en ella. Cerró los ojos con un suspiro. Su cuerpo se relajó lentamente. Ludmilla Style le contempló largamente, en silencio.

Se encaminó a un armario, que abrió. Extrajo una aguja hipodérmica y una jeringuilla. Puso un líquido incoloro en ella.

Alzó el brazo de Gordon. Le inyectó…

Él no reveló nada en su gesto. Ni contrajo siquiera el brazo cuando el inyectable penetró en sus venas. Lentamente fue adormeciéndose, quedó inmóvil por completo…

Ludmilla tomó otra clase de jeringuilla. La aplicó a la vena de Gordon, cuando le vio inconsciente. Hincó en su arteria una gruesa aguja y comenzó a bombear roja sangre espumosa, que subió dentro de un tubo graduado, hasta medio llenarlo.

Dejó de extraer sangre. Llevó el recipiente, conteniendo el espeso líquido rojo, hasta su mesa de trabajo. Gordon seguía dormido.

La hermosa mujer no procedió a un análisis vulgar de aquella sangre. En vez de ello, repentinamente, hizo algo insólito y escalofriante.

Se inclinó sobre el tubo. Lo destapó, elevándolo entre sus manos. Lo aproximó a los labios. Bebió con fruición casi…

Sus labios se llenaron de rojo burbujeante. Tragó glotonamente aquella sangre caliente, densa, recién extraída. Gotas de color escarlata corrieron por las comisuras de sus labios, como si hubiera mordido la pulpa de una fruta madura.

Su boca rezumaba sangre. Sangre caliente, recién extraída de una arteria humana… Se echó atrás, cerró los ojos, estremeciéndose, sintiendo aún el gusto salobre del líquido vital. Luego, bruscamente, tras una espera de algunos minutos, tomó una larga aguja. La clavó brutalmente en su brazo, atravesándose la vena.

Brotaron gotas de sangre de la extremidad de la larga aguja taladrante. Las dejó caer sobre otro recipiente que contenía un líquido verdoso. A su contacto, el verde se tomó púrpura y finalmente rojo.

Ella enarcó las cejas. Limpió sus labios de residuos de sangre humana seca. Su voz estalló en un comentario sorprendido e incrédulo:

—No lo entiendo… ¡Gordon no tiene nada de vampiro en su sangre! No le han contaminado…

CAPÍTULO VI

Gordon Rose continuaba inmóvil. Su rostro anguloso, viril y fuerte, reposaba en relax. Nada de cuanto sucedía en torno suyo le era conocido. Ignorante del extraño, repugnante proceso de análisis llevado a cabo por la mujer en cuyas manos se encontraba, continuaba bajo los efectos de la droga adormecedora.

Ludmilla Style se detuvo delante de él, pensativa. Le contempló largamente, se inclinó y acarició sus cabellos rebeldes, su rostro, su boca…

—Yo te amo —susurró—. Te deseo, Gordon Rose… ¡Y tú prefieres a mujeres vulgares, que nada saben de ocultas ciencias de vida y de muerte, que son torpes y necias, pero que tienen la gran suerte de contar con tu cariño y con tu deseo hacia ellas…! Oh, Gordon, si pudiera hacerte mío, definitiva y totalmente mío… y ellas dejaran de ser un estorbo, una sombra entre nosotros… Pero lo que no he logrado todavía es dominar la mente ajena. No la de los humanos normales, como tu…

Ludmilla se detuvo. Su gesto reveló, repentinamente, algo extraño y brusco. Sus ojos brillaron. Crispó la mano, aferrando un mechón de cabellos de Gordon.

—Sí… —susurró—. Eso sí podría ser… Ambos nos condenaríamos definitivamente, pero eso sí nos uniría… y me daría el poder absoluto sobre ti…

Una repentina palidez se extendió por su hermoso rostro. Le temblaron los labios, aquellos mismos labios hermosos que, poco antes, succionaban con atroz naturalidad la sangre de Gordon Rose, todavía palpitante… Lo que estaba pensando era terrible. Terrible y sin remedio, si llegaba a realizarlo.

Era difícil tomar la decisión. Y más difícil aún llevarla a cabo. Luego, no habría ya posibilidad de marcha atrás. Luego, todo estaría hecho. Para siempre. De por vida… y aún más allá de la

propia vida.

—No sé si tengo derecho… —musitó—. Pero ya que no es un vampiro, ya que ha venido engañado aquí… influenciado por las mentes supersticiosas de mi tierra… ¿por qué no? ¿Por qué no hacer… lo que he pensado?

Cada vez estaba más decidida. Terriblemente decidida. Se irguió, soltando despacio el cordón de seda de su ampulosa, majestuosa y señorial indumentaria. Luego, dejó caer la prenda, que resbaló desde sus hombros mórbidos.

La desnudez marmórea y hermosa de su figura, auténtica escultura viviente, se presentó impresionante en medio de la sala destinada a laboratorio. Pero Gordon no podía admirar sus encantos físicos. Nadie podía hacerlo. Estaban solos los dos. Y él dormía…

La estatua viviente se movió hasta un armario más alejado, cerrado herméticamente. Lo abrió ella con una llave especial, que extrajo de una gaveta. Entre sus manos, cuidadosamente envuelto en algodones, apareció algo: un recipiente esférico, de vidrio. Dentro de él, sometido a una temperatura especial, sobre la llama constante de un tenue hornillo de gas, oculto en el mueble, una muestra de sangre oscura, que templaba el vidrio en sus manos.

—Es su sangre… —susurró—. Ésta sí es la sangre de un vampiro… ¡La sangre del barón de Kronstedt! Tal y como la obtuve de la vieja cripta de Szakerszeg, cuando era casi una niña… Sangre maldita de un *no-muerto*, en cuyo corazón hinqué yo misma la estaca destructora…

Caminó despacio hasta donde yacía Gordon Rose. Le contempló en silencio, amorosamente, pero a la vez con una profunda sensación de rencor, de celos, de odio acaso, de despecho herido de mujer.

—Ahora ambos, Gordon… —susurró—, ¡ambos vamos a ser vampiros por la eternidad! Éste es el medio… ¡y yo la mano ejecutora!

Soltó una dura, fría, breve carcajada. Pese a todo, le temblaban las largas manos marfileñas cuando depositó el recipiente de sangre maldita sobre un soporte, al lado del cuerpo inerte de Gordon Rose.

Fue ella a un estante. Tomó un afilado bisturí. Lo empuñó con firmeza, con tremenda y demoníaca serenidad. Regresó junto a Gordon. Le miró una vez más. Acaso la última como un ser humano

a otro.

Sabía que después todo sería diferente. Seguiría siendo dueña de su cerebro, de sus ideas, de sus reacciones, pero no de sus sentimientos. Pertenecerían a un mundo tétrico y oscuro, a un mundo de sombras y de horror, para el resto de sus vidas y para más allá de la tumba. Cuando muriesen, tardarían solamente unas horas en volver a la vida, desde el interior de sus féretros, la noche misma en que fueran sepultados…

—Gordon, mi amor, lo hago por ti. ¡Para retenerte junto a mí para siempre, y para destruir a cuantos se opongan a nuestra unión! —susurró ella, decidida.

Bajó el bisturí. Lo clavó en el torso de Gordon, tras rasgar su camisa. Sobre el lado izquierdo de su pecho. Brotó la sangre, impetuosa. Ella se hirió también en su seno izquierdo. La sangre formó un reguero escarlata sobre su busto de alabastro viviente.

Se inclinó sobre Gordon. Puso sus labios en los de él. Su pecho en el de él. Las dos sangres se fundieron, mezclándose entre sí al contacto.

Finalmente, la mano derecha de Ludmilla, temblorosa, alzó sobre sus cuerpos la esfera de vidrio y sus dedos hicieron presión repentina, quebrándola.

Un torrente de sangre cálida cayó sobre su epidermis, se mezcló con su sangre y la de Gordon, penetró en los dos cortes, fundiéndose con la de cada uno de ellos, en un todo común…

En la calle, repentinamente, retumbó el estallido formidable de un trueno. Un zigzagueante fulgor, iluminó la noche de niebla, y un viento húmedo y ululante barrió jirones de bruma de las calles londinenses.

Dentro del laboratorio, una ráfaga de viento agitó las cortinas, y derribó un montón de tubos y matraces, al lanzar contra la mesa uno de los removidos cortinajes.

Algo como un alarido que llegase de las profundidades mismas del suelo de Londres, pareció percibirse por un momento. Una forma alada remontó el vuelo, abandonando algún oscuro refugio en la Torre de Londres.

En el laboratorio de Ludmilla Style, la sangre de dos seres jóvenes, se fundía ahora con la sangre endemoniada del difunto barón Kronstedt, sepultado en una vieja cripta de los Cárpatos, y

reducido a cenizas mortales por la estaca hincada en su pecho por una chiquilla, años atrás.

Algo de la vida de aquel ser diabólico, se había transmitido ahora a dos seres, en el lejano Londres.

El espíritu del vampiro, la esencia misma del mal, la semilla del horror, había penetrado en las venas de Ludmilla y de Gordon.

Esta vez, inexorablemente, Gordon Rose era ya un vampiro…

* * *

Se detuvo frente al espejo. Se miró. Quiso mirarse.

No vio nada. Sólo la superficie del espejo. Tras él, alguien rió, aunque tampoco Ludmilla se reflejaba en el vidrio azogado.

Repentinamente, alzó un pesado jarrón. Lo estrelló contra el espejo, rompiendo ambos en mil pedazos. Los vidrios dispersos, espejeantes, no reflejaban a nadie…

—¿Por qué lo hiciste? —murmuró Gordon, tristemente.

—Tenía que hacerlo. No pude conseguir nada. Fracasé en mi empeño. Eres un vampiro. No sólo eso, sino que aceleré tu proceso. Ya no es una amenaza. Es una realidad.

—Ya lo he advertido —Rose, muy pálida su faz estirada, entrelazó sus lívidos dedos sobre el pecho—. Pero ahora… somos los dos…

—No pude resistirlo —mintió ella fríamente—. Al ver mi fracaso… mezclé nuestras sangres. La tuya y la mía, Gordon. Ahora, ambos somos iguales, para bien o para mal.

—Tu vida, tu juventud, tu hermosura… Todo, sacrificado por mí… —se quejó él, amargamente, procurando no mirar ya a espejo alguno, sintiendo el horror de saberse lo que era: un ser ajeno a este mundo. Ajeno a todo lo humano y lo mortal.

—Valía la pena, Gordon —le puso sus manos en los brazos, se acercó a él—. Ahora… ahora ya nadie puede arrancarte de mi lado. Ni a mí del tuyo, ¿comprendes?

—Pero… pero yo no te amo, Ludmilla. Es un sacrificio estéril…

—No puedes amar ya, Gordon. Ni a mí, ni a nadie. Los vampiros no amamos. No sentimos nada espiritual por nadie. Sólo sed. Sed de sangre, de muerte, de posesión física de los que no son como

nosotros… Hay que aumentar nuestras filas, hay que traer nuevas criaturas a nuestro mundo…

—Ludmilla, y durante el día… ¿qué ocurrirá con nosotros?

—No hemos muerto aún. Somos seres vivos, pero poseídos por el poder de los vampiros. Nada nos ocurrirá, aunque poco a poco temeremos la luz solar, nos ocultaremos, saliendo sólo por las noches… Un día, sentiremos un extraño frío en nuestro ser, apenas salga el sol. Será el indicio de que llega la muerte. Moriremos ese mismo día. Y luego, a la noche siguiente… volveremos a la vida de la oscuridad. Es el ciclo de los vampiros… Así estaba escrito en la cripta del barón Kronstedt, allá en mi tierra…

—El barón Kronstedt… —se estremeció Rose—. Es extraño…

—¿Qué es lo extraño?

—Nunca oí hablar de él. Sin embargo, me parece familiar, y mi cuerpo se estremece, como si hablases de alguien muy querido…

—Fue como nosotros. Tal vez exista algo en todos los que son como nosotros ahora. Algo que nos hace conocernos y sentirnos unidos. Unidos contra el mundo de los vivos, Gordon…

—Debo irme, Ludmilla —miró Gordon su reloj de bolsillo—. Pronto empezará a salir la luz del día. Prefiero que… que me sorprenda en el lecho, descansando. Diré que me encuentro enfermo. Pero no quiero ver a doctor alguno… Oh, Ludmilla, el doctor… Tengo que ir a ver al doctor Kellaway, saber el resultado del análisis de mi sangre…

—Ya conoces ese resultado ahora —sonrió ella, malévola.

—Sí, pero él también lo conocerá. Puede que avise a… a la policía. O a un sacerdote, no sé…

—Un sacerdote… —se estremeció ella, convulsa—. No, eso no. La cruz, recuerda… Quita todo signo cristiano de tu casa, de cerca de ti…

—Debo ir a ver a Kellaway, pese a todo. Afrontaré los hechos, Ludmilla.

—Está bien, ve allá. Pero cuida tus impulsos. No cometas errores. Esto no es Transilvania, sino Londres. Si alguien sospechase la verdad sobre nosotros, no sería superstición y terror lo que provocaríamos, sino un ataque masivo contra nosotros, hasta destruirnos…

—No temas. Sabré controlarme. Sé ahora que soy, realmente,

uno de ellos. Pero por el momento, eso no me hace feliz. Ni siento sed de sangre… Sólo cansancio, ganas de dormir, de olvidar, aunque sólo sea por unas horas…

—Entonces, descansa. Yo iré a ver a Kellaway.

—¿Tú? ¿Qué podrías decirle tú?

—Deja el asunto en mis manos. Soy una mujer hermosa. Muchos hombres harían una locura por mí. Ese médico no será una excepción. Creo que le convenceré para que destruya tu análisis y olvide…

—Ludmilla, ¿harás eso por mí?

—Mi amado Gordon… —le acarició los cabellos, sensualmente, con una expresión de satánica atracción en su rostro bellísimo, inquietante—. Te aseguro que haría por ti todos los sacrificios del mundo. Eres mío. Ahora sí eres mío, aunque no quieras… Por ti veré a ese doctor, y dejaré todo arreglado. Todo, Gordon…

* * *

El doctor Erwin Kellaway se despertó sobresaltado.

Estaba seguro de haber oído ruido abajo, en su gabinete. Pero eso era imposible. Vivía solo, y la señora Pearson, su asistenta, no acostumbraba a venir a limpiar hasta las ocho de la mañana.

Miró su reloj, con sorpresa. Eran solamente las seis. Demasiado pronto para que la señora Pearson hubiera entrado en la casa. Sin embargo, estaba seguro de haber captado ese ruido…

Aguzó el oído. No había duda. Un roce se repitió en el gabinete, bajo sus pies. Y algo golpeó secamente su mesa de trabajo.

Realmente perplejo, se incorporó de la cama. Tomó un pequeño revólver de la mesilla, y echó a andar pasillo adelante, hacia la escalera. Asomó, y la perplejidad invadió su rostro.

La luz del despacho estaba encendida. Podía ver la claridad del globo de gas, dando un matiz azulado al corredor.

Si se trataba de un merodeador nocturno, su falta de precauciones rayaba en la estupidez. Pero fuese quien fuere, tendría que dar cuenta de sus actos, a él y a la policía.

Descendió con cautela, pistola en mano. Alcanzó la puerta abierta del despacho. Asomó precavidamente por ella, pistola por

delante.

Lo que vio, le llenó de pasmo.

Había una persona en su gabinete, como ya había intuido antes sin dificultad alguna. Pero en vez de hallarse cara a cara con un intruso malencarado… ¡era una hermosa y elegante mujer lo que veía allí, en medio de su gabinete!

—Buenas noches, doctor —dijo la voz femenina—. Le estaba esperando…

Erwin Kellaway dominó del mejor modo posible su estupefacción. Se movió hacia ella, encañonándola con su arma por simple acción instintiva.

—¿Qué significa esto, señorita? —indagó, viendo la ventana abierta, camino elegido sin duda por la misteriosa y elegante mujer, en su insólita visita nocturna.

—Significa que necesitaba verle sin demora, esta misma noche. Antes de que amanezca —sonrió—. A mí, la luz del día me molesta mucho, doctor.

La estudió, perplejo. Era alta, arrogante, dominadora. Tenía una voz grave, de ricos matices e inflexiones. Sus ojos eran ardientes y hermosos, muy rasgados, casi dorados. El cabello, negro y terso. La piel, como alabastro.

—No puedo entenderlo, señorita. Se mete en mi gabinete de noche, allanando una morada particular, y me habla con la misma tranquilidad con que lo haría si fuese paciente mío, a las horas de visita. ¿De verdad se encuentra usted bien?

—Creo que muy bien, doctor —sonrió ella, avanzando despacio hacia él.

—No, es mejor que no se mueva. Aún no sé quién es usted —avisó el médico, nervioso.

—Vamos, vamos. ¿Es que va a usar su arma contra una mujer indefensa, que sólo deseaba verle a solas y sincerarse con usted? —murmuró ella, melosa. Su boca hizo un mohín coqueto, mimoso. Su cuerpo se cimbreaba, provocativo. Cayó su chal de seda, revelando la desnudez de sus hombros, la firmeza de su seno, marcado contra un vestido ajustado, color gris plata.

—Yo, yo… Señorita, por Dios, ésta es una situación ridícula —se irritó él—. Nada de esto tiene sentido, compréndalo. Si de veras desea ver a un especialista en Neurología, como soy yo, venga

mañana, entre doce del mediodía y cuatro de la tarde, y gustosamente la atenderé. Pero ahora, de madrugada, en esta posición…

—Doctor, tengo un buen amigo que es paciente suyo también —musitó ella, dando otro paso hacia él, sin ser amenazada de nuevo.

—¿Un amigo?

—Se llama Rose. Gordon Rose.

—Oh, el señor Rose… Sí, ya recuerdo.

—Dice que es un vampiro, que su sangre está contaminada…

—Tonterías —sonrió el médico—. Su sangre no tiene nada de nada. Es completamente normal. Pero ¿por qué habla de eso ahora, señorita?

—Esa respuesta tranquilizaría mucho a mí amigo Rose, sin duda alguna —sonrió ella, tomando de la mano del médico la pistola, que dejó sobre una mesa, ante la total docilidad de él—. Mucho. Pero también le haría sorprenderse mucho. Y preguntarse, entonces, cómo pudo transformarse en vampiro después…

—Esa historia es un puro disparate. No existen los vampiros, señorita.

—¿No? —Ella le contempló fríamente, aunque su boca sonreía, y su cuerpo turgente comenzaba a rozar, insinuante, el del médico, haciendo sudar a éste copiosamente—. ¿Usted cree que no existen vampiros en el mundo?

—Claro que no, cielos. Todo son supercherías de la gente, créame. La medicina, la ciencia, la razón, niegan esos disparates de modo tajante. Ahora, por favor…

—Sí, doctor. Ya me voy. Perdone. Creo que, realmente, no debí entrar de noche en su casa. Soy una loca, no hay duda… —estaba junto a él. Inesperadamente, rodeó su cuello con ambos brazos desnudos, y acercó su boca a la del doctor Kellaway, que la miró, aturdido, pero incapaz de eludir el acoso de una mujer como aquélla.

Ludmilla le besó tiernamente en la boca. Luego, sus labios se deslizaron suavemente hacia su mejilla, mientras susurraba dulcemente:

—Doctor, usted tiene razón, sin duda. ¿Cómo pueden existir vampiros que nos ataquen, que de repente hinquen sus dientes en nuestro cuello… y succionen nuestra sangre? ¿Cómo es eso posible,

doctor?

Y, súbitamente, entreabrió su boca. Se inclinó, empezando a besar el cuello del médico. Sus dientes aparecieron. De modo inesperado, sus dos incisivos se habían prolongado, afilados y taladrantes.

Se hincaron en la carne, alcanzaron la vena…

Gritó el médico, repentinamente alarmado. Ludmilla ya no era una mujer complaciente y amorosa. Era el suyo un dogal de hierro, un abrazo implacable, feroz, que inmovilizaba al doctor, mientras de su cuello corría la sangre, empapando sus ropas, pasando a los colmillos ávidos de la siniestra mujer, cuya belleza ahora era una diabólica máscara de maldad, de complacencia y de odio.

CAPÍTULO VII

(Del diario de Gordon Rose)

La noticia venía en grandes titulares, en la primera página del sensacionalista *Mirror*, aquella tarde, en su edición especial vespertina:

> *Médico ferozmente asesinado en Bond Street. Erwin Kellaway, neurólogo eminente, aparece desangrado, con señales en su cuello de haber sido mordido por un animal o un monstruo.*
>
> *Scotland Yard cree que es un crimen disfrazado.*

—Dios mío, no… ¡No! —gemí, estrujando el diario entre mis manos trémulas.

La luz de gas era macilenta. Hice subir un poco la llama, graduándola. Afuera, en la calle, los vendedores voceaban la edición en las esquinas. Las farolas de gas se iban encendiendo en la penumbra del anochecer.

Había pasado todo un día en la cama. Dormido, sin ver a nadie. Borrosamente, creía recordar que llamaron en dos o tres ocasiones a la campanilla de mi puerta, pero al no acudir nadie a abrir, evidentemente se cansaron, dejando en paz el llamador.

No había visto luz diurna. Ni sol, ni gente. Nada. Empezaba a ser justamente lo que Ludmilla decía. El proceso se precipitaba terriblemente. En pocos días, empezaría a huir de la luz, y llegaría la muerte, el frío de ultratumba a mis miembros…

Cerré los ojos, angustiado. Aquella muerte atroz del infortunado neurólogo… Las palabras de Ludmilla, la noche antes, cobraban ahora un significado terrible.

Deja el asunto en mis manos… Veré a ese médico, y lo dejaré todo arreglado…

Todo arreglado…

Sí. No cabía duda de ello. Ludmilla no controló sus deseos. Faltaba saber, incluso, si había querido controlarlos. Ahora, el secreto del análisis de mi sangre, se había ido a la tumba con él. Pero el doctor Kellaway había muerto mordido por ella. Por una mujer-vampiro.

Saldría también de su tumba, no tardando mucho. Y se uniría a nosotros. Pero ya no sería peligroso para mí ni para ninguno de nuestra clase. Sería uno más, en el proceso oscuro y silencioso de vampirizar a la humanidad paulatinamente.

Aún había algo humano en mí, sin duda alguna. Me causaba angustia, horror, saber que, por culpa mía, un hombre había muerto aquella noche anterior, atacado por un monstruo humano en su propia casa.

—Ella no debió hacerlo —gemí—. ¡No debió hacerlo!

Empezaba a sentir miedo. Miedo de Ludmilla. Y de mí mismo. ¿Adónde llegaría yo, cuando mis instintos de vampiro me dominasen? También yo destruiría, desangraría a seres humanos indefensos, para nutrir mis apetitos feroces… También yo mataría, como el peor y más despiadado de los asesinos. Aunque fuese un modo de matar que diera una vida nueva y terrible a cada ser atacado. La vida de los *no-muertos*, de los difuntos sin descanso, como les llamaban en Transilvania. De los terroríficos *vurdalaks* de los relatos rusos…

Me dejé caer en el lecho. No sentía sed ni apetito. Las sienes me ardían. Por la ventana entreabierta, me llegaban voces de la calle: vendedores, criadas, periódicos en venta… En alguna parte, un mendigo tocaba un viejo organillo, de notas sincopadas.

El mundo continuaba su marcha de siempre. Todo era igual allá afuera, como cualquier otro anochecer. Todo era idéntico… menos yo.

Era yo quien había cambiado. ¿O tal vez soñé todo aquel horrible disparate, y nada era cierto, a pesar de las noticias en los periódicos?

Un morboso afán de saber, de estar seguro, me asaltó. Bajé del

lecho, me encaminé a mí armario, al otro lado de la habitación. Me detuve delante de la doble puerta de espejo del mueble.

Un ronco grito de horror escapó de mi garganta.

—¡Nada! ¡No veo a nadie! —sollocé, cubriendo mi rostro con ambas manos y retrocediendo, sin que en el vidrio azogado viese otra cosa que mi dormitorio vacío.

No había sido un mal sueño. Todo era real. Los espejos… Ningún vampiro puede reflejarse en ellos, era el dicho popular en Transilvania. Yo me reía entonces de eso. Dios mío, y ahora… Ahora, vivía yo mismo ese horror.

No poseía imagen. No quería ahondar en razonamientos, en explicaciones lógicas, porque hay cosas ante las que se estrella toda lógica y toda razón. Lo que está más allá de este mundo, más allá de lo conocido, no puede ajustarse a lógica ninguna. Ocurre así, y es todo. Como ocurre lo de los ajos y el muérdago, cuyo solo recuerdo me causaba pavor. Como sucedería si hubiese ante mí una cruz. Recordé que, en tinieblas, la noche antes, al llegar a mí casa, arrojé a los cubos de basura todo objeto religioso de mi casa. No llegué a verlos, pero recordaba que, al tacto de la cruz en mi mano, había sentido un fuego extraño, un ardor en mis dedos, y tuve que cubrirme con un paño. Miré mi mano…

Tenía la huella de una quemadura. Media cruz apenas. Separé con angustia mi mano de mis ojos. La sola idea del símbolo cristiano en mi mente, me hacía temblar con violencia, y sentir una rara opresión en mi pecho, como si fuese a morir.

Llamaron en la puerta. Un campanilleo repetido, insistente. Dudé. ¿Qué podía hacer, si alguien me visitaba y de modo inadvertido pasábamos ante un espejo y…?

El campanilleo se repitió, más enérgico. Rápidamente, pensé en el gabinete de abajo. Junto a la biblioteca. Sólo había un espejo. Lo quitaría, antes de abrir a nadie. Bajé rápidamente. Entré en el gabinete, mientras se repetía la llamada de nuevo.

—¡Abre, Gordon! —sonó una voz familiar—. ¿Estás ahí? ¡Vamos, abre! ¿Te ocurre algo? He visto luz en tu dormitorio…

Era él. Mi amigo Lionel Strange. Maldije entre dientes. No quería verle. Ni a él, ni a nadie que no fuese Ludmilla. Sólo en su presencia me sentía tranquilo, seguro, dueño de mí mismo.

—¡Ya voy! —grité, descolgando el espejo y metiéndolo en un

amplio mueble—. ¡Un momento, Lionel!

Fui hacia la puerta, dominándome. Abrí. Strange entró, mirándome con cierta extrañeza. Iba tan elegante y sobrio como siempre. Era un perfecto *dandy*.

—Creí que te pasaba algo malo —se inquietó—. ¿Todo va bien, Gordon?

—Sin novedad —sonreí, sacudiendo la cabeza—. Sólo que tengo una fuerte jaqueca, y he preferido pasar el día en la cama. Me siento cansado, Lionel. Muy cansado…

—Lamento molestarte, entonces —suspiró Strange—. No debí venir a importunarte.

—No tiene importancia. Ven, entra en el gabinete. Si quieres algo: una copa de oporto, por ejemplo… Siempre ha sido tu aperitivo favorito, ¿no es cierto?

—Y bien cierto, sí —sonrió Strange, asintiendo—. Solamente estaré unos minutos. Puedes volver a descansar. Si necesitas algo, te lo traeré.

—No, nada. Prefiero el reposo. Evidentemente, mi viaje por Europa me fatigó demasiado.

—Por fortuna, no necesitas trabajar cada día para vivir —me dijo mi amigo.

—Tampoco tú —reí—. No hay como ser un rentista y ganar el dinero en la Bolsa…

—No siempre se gana… —se sentó en el gabinete, justo frente al lugar donde tenía el espejo, pero no parecía haber advertido nada. Tras una pausa, mientras yo servía el oporto, recordó algo—: Oh, anoche, ¿te acuerdas? ¿Fuiste por fin a ver a Ludmilla?

—Sí —admití—. Una visita de amigo, simplemente. Eso terminó ya.

—Entiendo. ¿Y Karin?

—Nada serio aún. Es una buena chica, eso sí… ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada —Lionel sonrió, probando el oporto—. Miriam Seaton va a ir conmigo a la ópera. Quería saber si el campo está libre.

—Por completo —reí—. Pero ten cuidado con ella. Sin darte cuenta, a lo mejor te encuentras casado y todo. Es una mujer terrible.

—Lo tendré en cuenta —me miró con cierta fijeza—. ¿Cómo va tu cuello?

—¿Mi… cuello? —Me estremecí—. Oh, sí. Olvidé que te había mostrado aquello…

—Era una buena mordedura. ¿Quién te la causó?

—Un animalito inofensivo, por otro lado —suspiré—. Un murciélago, en Europa.

—Eso me pareció. Pero un murciélago bastante grande, ¿no? Un vampiro, quizá…

Temblé. Lionel era irritante en sus comentarios. No me gustaba el tema. Ni me gustaba su curiosidad. No tenía nada de tonto. Era observador, agudo, brillante. La clase de persona que me inquietaba ahora.

—No dejan de ser una misma cosa —traté de restarle importancia—. Ya está olvidado.

—Hum… Anoche parecías darle una mayor trascendencia, Gordon.

—Creo que anoche estaba muy raro —confesé, con aire de buen humor—. No sufras por mí. No me ocurre nada… salvo la dichosa jaqueca, Lionel. Por cierto, ¿no llamaste tú antes, durante el día de hoy?

—No, no he venido anteriormente —negó—. Tal vez sería Karin, o cualquier otro amigo tuyo. Debiste hacer buenas amistades en el continente, ¿no?

—Pues… no. No muchas —me encogí de hombros.

—¿Ninguna muchacha particularmente hermosa? —Sonrió Lionel, irónico.

—No —arrugué el ceño. Me estremecí, recordando a la hermosa Dobrinka. Pero no le hablé de ella. Era también una de las personas a quienes ahora deseaba olvidar. La pobre y dulce Dobrinka… No, no debía aproximarme nunca a ella. Que me recordase allá lejos, en su Transilvania remota. Que me recordase como fui, no como lo que era, como lo que iba a ser…

—Es raro —señaló Lionel—. Yo diría que sí hiciste amigos… y amigas.

Le estudié, con disgusto. Lionel empezaba a irritarme.

—¿Otra vez tu famoso poder deductivo? —me burlé de él—. Pues te diré que vas equivocado.

—No, no. No utilizo mi poder de deducción —se echó a reír. Observé sus ojos. Creí que, de repente, se habían fijado en la pared, donde aparecía el hueco dejado por el espejo. Pero siguió volublemente, mirándome muy risueño—: Lo que pasa es que eres un maldito hipócrita, Gordon.

—Oye, Lionel, no me gusta que…

—¿Por qué no admites que la chica eslava y el doctor Kosic fueron buenos amigos tuyos? —dijo afablemente, echándose atrás en el asiento.

—¿Qué? —mascullé, atónito, mirándole. No recordé haberle hablado jamás de eso—. ¿El… doctor… Kosic?

—Eso es. Y Dobrinka Itzak.

—¡Lionel! —casi grité, poniéndome en pie—. ¿Cómo has podido saber todo eso?

—Desgraciadamente, no por medio de mis facultades —suspiró —. Son los nombres de los que te buscaron hoy en el Club, en la *pub house*, en tu oficina comercial, e incluso en mi casa, cuando les dijeron que era tu mejor amigo. Hube de confesarles que me eran perfectamente desconocidos. Pero te felicito. La chica es realmente encantadora. Provinciana, pero hermosa y femenina.

—¡Dobrinka… y el doctor…! ¿En Londres? —Me horroricé.

—Eso dije, sí —sonrió Lionel apaciblemente—. ¿Sorprendido?

—Cielos, ¿cómo no estarlo? —gemí—. Ellos, aquí… ¡Eso no tiene sentido! Han tenido que recorrer toda Europa, cruzar el canal… ¿Sólo para verme a mí, Lionel?

—No me dijeron sus motivos. Pero te buscaban. Querían darte una sorpresa…

—Y me la han dado —musité—. No es posible… Dobrinka…

Lionel apuró su oporto. Se puso en pie, estirándose su impecable pantalón oscuro.

—Sin duda, ellos también llamarían hoy en tu puerta —comentó —. Dobrinka estaba impaciente por verte… Muy impaciente. Te felicito, Gordon. Eres un lince para las chicas. Espero que no haya complicaciones de tipo…

—Oh, no digas tonterías —me enfurecí—. Fue solamente un idilio fugaz… en una posada de Hungría…

—Transilvania dijo ella —asintió Lionel, con un gesto burlón que no me gustó—. Tierra de vampiros, ¿eh, Gordon?

Caminó hacia la salida. No pareció mirar una sola vez al espejo ausente, y eso me causó cierto alivio. Acompañé a Lionel hasta la puerta. Estaba deseando encontrarme solo otra vez. Odiaba a todo el mundo. A todos… menos a Dobrinka. Pero la idea de verla ahora ante mí, me causaba cierto terror…

Yo no era ya el hombre que ella conoció en su posada aquella noche, bailando y bebiendo cerveza, antes de que un vampiro mordiese mi cuello.

Yo era… lo que era en estos momentos. Un horror viviente. Un ser de ultratumba, un monstruo en embrión, llegado de las tinieblas.

—Hasta siempre, Lionel —traté de ser amable con mi amigo—. Espero que mañana me encuentre mejor. Y también de mejor humor. Buscaré a Dobrinka y al doctor apenas me levante, por la mañana. Ahora ya es tarde para buscarles… ¿Te dijeron dónde estarían?

Asintió, risueño. Habló casi con displicencia, tras llamar a un carruaje de alquiler que pasaba bajo las luces de las farolas de gas.

—Hotel Regent —informó—. Los dos se alojan allí. Bien, buenas noches. Procuraré divertirme con la rica heredera Miriam Seaton, evitando que me cace con sus artimañas. Si veo a Karin, ¿le digo algo de tu parte, Gordon?

—No, nada —negué presuroso—. Yo la veré mañana.

—Vas a tener un día muy ajetreado mañana —rió entre dientes Lionel Strange. Y ya con un pie en el estribo del carruaje, se volvió un momento a mí para añadir, como al azar—: Oh, Gordon, amigo mío. Yo que tú, no me preocuparía por los vampiros. Hay quien asegura que son una pura patraña. Por eso me hubiera gustado ver el espejo en su sitio. Si te reflejas en él, es buena señal…

Agitó su mano, cordial, cerró la portezuela, y el coche se alejó, rodando con rapidez sobre el empedrado de la calzada. Me dejó petrificado, estremecido de inquietud y de sorpresa, por la última andanada de Lionel.

Cerré, hondamente preocupado. Me quedé quieto en el vestíbulo, preguntándome cuánto sabía Lionel y cuánto sospechaba. Tal vez el doctor Kosic le dijo algo, quizá Dobrinka… Sacudí la cabeza. No, no era posible que él supiera…

La noche antes cometí un grave error mostrándole mi herida del

cuello. Lionel era muy astuto. Muy calculador. El modo en que se fijó en la ausencia del espejo, su insistencia sobre los vampiros, la forma de estudiarme… No, no me gustaba. Lionel sabía algo. O presentía algo, cuando menos.

Procuraría no decir nada. Especialmente, a Ludmilla. Ella era capaz de resolver eso tal y como había resuelto lo del doctor Kellaway.

Miré mi buzón, que daba a la ranura de la entrada, por si durante aquel día alguien había dejado correo para mí. Era un gesto rutinario, pero encontré algo. Sufrí un espasmo.

Eran una misiva en un sobre color crema, y una tarjeta de visita en otro pequeño sobre. Ambas cosas a mí nombre. Reconocí la letra de Ludmilla en la carta cremosa. Me resultó poco familiar la angulosa letra del sobre pequeño. Observé un fallo gramatical en su escrito.

—El doctor Kosic, sin duda —musité.

Abrí primero ese sobre. Extraje la tarjeta. Era el viejo doctor de Transilvania, sí. Su nombre y señas aparecían impresas allí. Y sólo unas palabras en mal inglés, escrito apresuradamente:

> *Hemos venido a Londres Dobrinka y yo. Estuvimos a verle, pero debía de estar usted ausente. Volveremos, señor Rose. Traigo buenas noticias para usted. Inmejorables. Su afectísimo,*
>
> *Laszlo Kosic, médico.*

Buenas noticias, pensé tristemente… Ya nadie era capaz de darme buenas noticias. Tal vez el pobre médico rural húngaro creía ahora de buena fe que yo no estaba contaminado por los vampiros y su semilla del infierno. No sabía en qué tremendo error estaba.

Guardé la tarjeta, pensativo. Abrí la misiva de Ludmilla. Me hizo estremecer su idea, al escribir la nota con tinta roja. Parecía sangre…

> *Querido:*
>
> *No quiero molestarte. Descansa durante el día. Te hace falta. Nos veremos esta noche. Pero antes tengo que hacer una visita. Una visita importante, cariño. Hay una mujer con quien tengo una vieja cuenta pendiente… Es posible que ahora, la rica y caprichosa Miriam Seaton no*

se muestre tan altanera conmigo…

Ludmilla.

—¡Miriam! —aullé—. ¡Oh, no! ¡Eso no…!

Sentí vacilar el suelo bajo mis pies. Miriam… Luego sería Karin. Y tal vez Dobrinka misma, si la encontraba en Londres y sabía por qué estaba allí…

Ludmilla estaba ávida de venganza, de revancha, sedienta de sangre, llena de un odio virulento hacia las mujeres a quienes creía responsables de la pérdida de mi amor…

Ahora, con su poder diabólico, era una terrible amenaza para cualquiera. La tragedia de Erwin Kellaway, el médico, podía repetirse una y mil veces, noche tras noche.

—No, no… —gemí, angustiado—. Miriam, no… Además, Lionel va hacia allá ahora… Tal vez pretenda defenderla. E ignora los poderes de Ludmilla. ¡Tengo que hacer algo, tengo que persuadirle! El hecho de que seamos lo que ahora somos… no nos exige aniquilar por sistema, acabar con todo el que nos resulte antipático…

Estaba convulso. Tenía miedo. Por Miriam, por Lionel, por Karin. Por mí mismo. Ahora me daba cuenta de que Ludmilla nunca me dejaría ir de su lado. Y para ella, para mí, para nosotros, los vampiros, *nunca* era un término muy impreciso, muy prolongado quizá…

Para nosotros, significaba ser siempre el esclavo de Ludmilla Style. En vida… y en muerte.

Corrí escaleras arriba. Me vestí apresuradamente. Era de noche. No había peligro para mí en salir al exterior. Tenía que hacer algo, evitar un nuevo sacrificio humano. La sangre acabaría inundándonos en un caos delirante, si ella seguía adelante con sus proyectos vengativos…

Nadie, en Londres, podía salvar la vida de Miriam o de cualquier otra mujer, si Ludmilla resolvía atacarla. Nadie… excepto quizá yo mismo.

E iba a intentarlo, aunque ello contrariase a Ludmilla, la mujer que se había prestado voluntariamente a compartir mi existencia de ultratumba para poseerme y dominarme hasta el fin de aquella vida infernal de que estaba poseído ahora.

Poco después, salía a la calle, detenía un carruaje y le daba la dirección de Miriam Seaton, en Mayfair.

Esperaba, cuando menos, llegar a tiempo. Antes que Lionel incluso. El cochero, siguiendo mis indicaciones, tomó por la ruta más corta hacia la casa de Miriam.

Desgraciadamente, todo era inútil.

Una vez más, Ludmilla fue más rápida que yo. Más rápida que nadie…

CAPÍTULO VIII

Lionel Strange se detuvo, trémulo de horror, estremecido por una sensación de angustia y espanto inenarrables.

Por vez primera en su vida, supo lo que era el miedo, la náusea…

Se quedó petrificado, allí en la puerta del suntuoso gabinete de Miriam Seaton, la caprichosa y frívola hija única de los Seaton de Mayfair, heredera de una fortuna de más de medio millón de libras esterlinas.

Estaba muerta.

Miriam estaba muerta. Pero eso no era lo peor, a ojos de Lionel. El joven amigo de Gordon Rose contempló, demudado, la violenta huella de la sangre por doquier, salpicando muros, cortinajes, empapando el espejo, destrozado con furia sobre la coqueta. Sangre en goterones, o mezclada con tonos rojizos en los maquillajes y perfumes de los tarros y frascos rotos sobre el mueble.

Inmóvil, encogida sobre un sofá tapizado de verde, desorbitados horriblemente sus claros ojos, Miriam era una muñeca rubia increíblemente lívida, blancuzca, desangrada por completo.

De los boquetes abiertos en su cuello de cisne, había chorreado sangre abundante, empapando su corpiño, sus enaguas, sus medias y sus senos semidesnudos.

A su espalda, una ventana abierta hacía oscilar una cortina, y las luces de Park Lane eran visibles allá enfrente, ante las verjas y setos del amplio parque.

—Miriam… —Lionel avanzó hasta la mujer desangrada, estudiando el gesto de horror que contraía su rostro, en la mueca suprema de la muerte, el vidriado pánico cuajado en aquellas pupilas inmensas…

Un cálculo mental, le dijo que, pese a tanta sangre dispersa, mucha más tuvo que brotar de la vena hendida de Miriam. Su

paradero era un enigma, y a Lionel no le gustó la explicación que acudió a su fría y lógica mente razonadora.

Miró una vez más en derredor. Los Seaton no estaban en la residencia. El servicio se hallaba en la planta baja… Nadie en la vivienda sabía del horror ocurrido arriba, mientras Miriam se arreglaba para ir con él al teatro. Le había estado esperando. La doncella le invitó a subir, sonriente, declarando que la señorita le recibiría arriba, según ordenara previamente.

Y esto era todo lo que se encontraba Lionel en el piso alto. Todo lo que quedaba de una muchacha llena de vida, de atractivos, de juventud.

—Dios mío, es espantoso… —susurró Lionel, crispado—. Hay que avisar a la policía. Y cuanto antes mejor…

Salió como aturdido de la habitación. Llegó a la planta baja. Una doncella le contempló, asombrada.

—¿Qué le ocurre, señor? —murmuró—. Parece que haya visto un fantasma…

—He visto algo infinitamente peor, muchacha —dijo roncamente Lionel Strange. Miró a la doncella, confuso—. ¿No han percibido ruido alguno allá arriba?

—¿Ruido? No, no, señor. Claro que estamos todos en la cocina, trabajando en la comida que mañana dan los señores Seaton a unos invitados, y es difícil oír nada, salvo la llamada que pueda hacernos la señorita, con la campanilla… ¿Es que sucede algo?

—Lo peor. No suba nadie arriba. Han matado a su señorita. Voy en busca de la policía.

La doncella estuvo a punto de caer, pero Lionel no podía perder el tiempo en asistirla. Abandonó la casa presuroso, corriendo en busca de un policía.

Allá, frente a la casa, un carruaje se había detenido. De él descendió un hombre joven, alto, vestido de oscuro, cuya capa negra parecía a veces flotar como unas alas, en torno a su figura.

Pagó la carrera y miró al edificio, a la luz del piso alto. Especialmente, miró la puerta de la casa, abierta e iluminada, la figura de Lionel Strange, a la carrera, con el rostro del color del yeso.

Gordon Rose entendió.

Era tarde. Había llegado tarde. Ya todo estaba hecho.

—Ludmilla… —jadeó, lívido, apretando los labios—. Ludmilla, ¿por qué…?

Retrocedió lentamente, hasta fundir su figura sombría con los altos setos y la verja de Hyde Park. No quería ser visto. Ya no. No tenía objeto alguno, salvo comprometerse seriamente, sobre todo si le veía Lionel. No le era difícil imaginar la escena allá arriba, si Ludmilla había cumplido su feroz venganza en la infortunada Miriam Seaton…

Desolado, sintiendo vacilar sus piernas, con la mente aturdida por completo, a causa de mil encontradas emociones, impropias acaso de un vampiro, Gordon Rose se alejó hacia Piccadilly.

Atrás, a sus espaldas, sonaron silbatos policiales poco después. Rose no se detuvo. En vez de ello, procuró alejarse más y más del escenario de aquella horrible muerte.

* * *

—Ludmilla, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué?

Ella sonrió, malévola. Sus rojos labios gordezuelos parecían tener un brillo más intenso y vivaz, como si la sangre de los demás diese lozanía a su apariencia toda. Los ojos centelleaban, crueles. La belleza de la eslava, era una máscara diabólica de maldad y de hermosura.

—Querido, no preguntes… —musitó.

—¡Necesito preguntar! —aulló él—. ¡No soporto esta cadena sangrienta! ¡Es horrible lo que estás haciendo! Esa mujer… Ella no te había hecho nada…

—No sufras por ella, Gordon. La tendrás cerca de ti, como una esclava, apenas pasen dos días —una agria carcajada brotó de la garganta de Ludmilla Style—. Cuando se levante de su tumba, para unirse a nosotros…

—¡No deseo ver a Miriam, ni a nadie más, convertido en un espectro ceniciento y repugnante como nosotros! —Fue la respuesta virulenta de Rose—. ¿No lo entiendes, Ludmilla, maldita seas?

—Gordon… —ella pareció dolida. Le miró, con penosa expresión —. Creí que el hecho de sacrificar mi vida, mi juventud, mi futuro todo, para ser como tú eres, para convivir contigo la existencia, sea

cual fuere, en vida o en muerte, te haría ser un poco más caritativo conmigo…

—Lo siento, Ludmilla —se mesó los cabellos, inclinando la cabeza—. Lo siento si te hago daño con mis palabras, pero aunque entiendo tu gran sacrificio, no puedo comprender cómo aprovechas tu actual estado para… ¡para vengarte de otra mujer!

—Serán otras mujeres, querido —replicó ella, calmosa, fría su voz como un filo de acero—. Otras, ¿entiendes?

—No, no…

—Todas esas guapas inglesitas que te apartaron de mí, que se ganaron tu cariño o tu pasión… ¡Todas caerán bajo mis colmillos, Gordon, hasta que vea sus cuellos rezumando sangre, maldita sangre de mujerzuelas!

Se erguía, amenazadora y terrible, su majestuosa figura vestida ahora enteramente de negro terciopelo, en medio del laboratorio convertido ahora en su madriguera. Donde Gordon había acudido esa misma noche, mientras Scotland Yard se ocupaba de investigar un segundo crimen con huellas claras de vampirismo: la muerte de Miriam Seaton. Dos muertes similares en el término de veinticuatro horas escasas, era demasiado incluso para la policía londinense.

—Ludmilla, no entiendo lo que te sucede… —jadeó Rose, demudado—. Yo soy también como tú, no me veo en los espejos, llevo sangre maldita en mis venas, sangre de vampiro… y sin embargo, no deseo matar, destruir, succionar esa otra sangre humana de sus venas… No sé lo que me ocurre, pero todo eso me horroriza…

Ludmilla clavó sus ojos magnéticos y terribles en él. Tenían ahora una extraña, temible expresión, con el blanco globo inyectado en sangre, rebosante de venillas inflamadas, que daban una coloración sangrienta a su mirada.

—Sí, es raro lo que te sucede, amor… —le contempló largamente—. Quizá… quizá llegue a ser preciso convertirte en un auténtico vampiro… succionando tu sangre hasta morir.

—Sé que terminarás haciéndolo —suspiró Gordon Rose, con desaliento—. No te temo. No temo ya a nadie. Sólo a mí mismo, a mí mente, a mis venas envenenadas por el mal que me devora… Ludmilla, yo sé que soy un vampiro, pero detesto serlo, me odio a mí mismo por ello, mientras tú te complaces en tal condición… Ésa

es la diferencia entre nosotros dos…

Caminó hacia la salida Rose. Ludmilla le contempló con ojos sanguinolentos y crueles.

—Espera, Gordon —musitó—. ¡Espera aún!

—No, Ludmilla —él agitó la cabeza, abriendo la puerta del laboratorio—. Sólo quiero añadirte algo: si haces algún daño a Karin o a cualquiera de las muchachas amigas mías… será mejor que no vuelva a tenerte ante mí. Porque sería capaz… ¡sería capaz de hincar una estaca en tus senos, y destrozarte para la eternidad!

Ludmilla aún estaba rígida y sorprendida, cuando la puerta del laboratorio se cerró con aspereza, tras de Gordon Rose. Los pasos rápidos y furiosos de éste, se perdieron en el exterior.

La mujer diabólica, caminó hasta su mesa de experimentación. Con furia repentina, dio un manotazo, derribando todo el instrumental y recipientes, en medio de un formidable estallido de vidrios rotos.

—¡Estúpido! —aulló—. ¡Loco! ¡Si intentara algo así, le destrozaría entre mis manos! ¡Gordon padece algo raro! ¡No es un vampiro como yo, como cualquier otro! ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha fallado en todo esto?

Y dejó vagar su mirada, malignamente, mientras se esforzaba por averiguar lo que estaba sucediendo dentro de Gordon Rose, el hombre vampiro…

* * *

—Dobrinka…

—¡Gordon! ¡Dios sea loado, al fin te encuentro…!

Se miraron los dos, tomándose de las manos con calor. Dobrinka se precipitó hacia él, besó sus labios impulsivamente. Gordon sonrió, cerrando tras de sí. Entró en la alcoba del hotel Regent, adonde acababa de acudir.

—Un amigo mío, Lionel Strange, me habló de vuestra llegada… —la contempló, perplejo aún—. Dobrinka, por favor, ¿cómo ha sido esto? ¿Qué te trajo a Londres tan inesperadamente? Tú nunca viajaste fuera de tu país…

—Tenía que acompañar al doctor Kosic. Él es mayor, necesita

alguien a su lado para ayudarle…

—¿El doctor? —Arrugó el ceño Gordon—. ¿Qué tiene él que hacer en Londres?

—Verte a ti, Gordon —suspiró ella. Parecía repentinamente desilusionada por algo—. ¿Qué te ocurre? ¿No te alegra verme aquí?

—Oh, Dobrinka, claro que sí. ¿Cómo no va a alegrarme tu presencia?

—Pareces molesto, preocupado… —ella se encogió de hombros —. Creo entenderte. Todo fue un simple romance pasajero, ¿verdad? Cosa de un día de las que no dejan huella…

—Dobrinka, estás diciendo tonterías —la aferró por los brazos —. Es que me siento confuso. Han ocurrido cosas horribles…

—He leído algunas —le miró, con inquietud—. Hay… hay vampiros en Londres, Gordon.

—Sí, los hay —admitió él, roncamente. Bajó la cabeza—. Yo soy uno de ellos…

La carcajada de Dobrinka le hizo levantar la cabeza, sorprendido. La contempló, perplejo.

—¿Qué te ocurre? —indagó—. ¿Por qué te ríes? Es la verdad, Dobrinka. Aquella mordedura, en tu país…

—Aquella mordedura no pudo hacerte nada —rechazó ella vivamente—. El doctor Kosic logró analizar tu sangre, pese a los problemas surgidos. Tenía una muestra guardada… No tenías nada. Estás limpio de todo germen maligno. Tu sangre es como la de cualquier hombre, sin peligro de contaminación vampírica…

—El doctor Kosic se equivocó por completo, Dobrinka. Estoy contaminado.

—No, no. Es más, he logrado capturar al animal que te mordió, cuando intentaba hacer lo mismo en la posada a otra persona… Lo ha estudiado y…

—No sé lo que habrá hecho, pero soy un vampiro —gimió Gordon—. Ven y lo comprobarás…

La llevó hacia un espejo del fondo de la sala. Ella se quedó atrás, mirando sorprendida hacia él. Gordon señaló al vidrio azogado.

—Date cuenta. No me reflejo en él… ¿Lo comprendes ahora?

—Gordon… —musitó ella—. Eres… eres un vampiro, realmente. Tu imagen no aparece en el espejo…

—Sí, Dobrinka. Soy un vampiro.

—¡Pero aquel animal no pudo contaminarte! —protestó ella—. Es más, su mordedura se ha probado que inmuniza contra los vampiros, crea una especie de vacuna…

—¿Vacuna? No en mí, ya lo has visto…

—Sólo… sólo si la sangre de un vampiro entra en uno, después de esa inmunización, podría un ser humano convertirse en vampiro… pero por cierto tiempo, y en lucha consigo mismo. El vampiro no saldría fácilmente en toda su virulencia… Lo afirma el doctor Kosic. Ha traído muestras de su vacuna. Va a demostrarlo científicamente… Pero ahora, tú… tú lo echas todo por tierra. Forzosamente, después de ser mordido en mi país… alguien te ha convertido en vampiro mediante un contacto con sangre de vampiros, conservada a su temperatura media…

—Dobrinka, no sé lo que habrá sucedido. Dudo mucho que, una vez fuera de tu país, nadie pudiera convertirme ya en vampiro. Has visto el espejo. No había allí nadie, recuérdalo. Yo…

Gordon Rose se detuvo de repente, con una extraña aprensión dentro de sí. Dilató sus ojos, mirando rápidamente al espejo, pensando en algo que antes, en su excitación, no había advertido. Corrió al cristal azogado, miró…

Vio la sala vacía…

Se volvió bruscamente hacia Dobrinka, lívido, vacilante. Sus ojos se encontraron. Ella sonreía débil, tristemente.

—Sí, Gordon —asintió—. No quise acercarme demasiado a ese espejo… Aun así, lo viste. No hubiera querido que lo supieras. No aún… Vine a Londres para eso. Para ganarte definitivamente. Para hacerte mío…

—Dobrinka… —el horror erizó los cabellos de Gordon Rose—. Dobrinka, tú… tú eres…

—¿Un vampiro? Sí, Gordon. Siempre lo he sido, incluso cuando me conociste allí… Esperaba sólo el momento oportuno para… para llevarte conmigo…

—Oh, no… ¡Tú también! ¡Uno de… de nosotros…! —jadeó Rose, aturdido. Se cubrió el rostro con ambas manos—. Y el doctor Kosic, y toda esa historia…

—No, todo eso es cierto. El doctor no es un vampiro. Ha encontrado realmente una vacuna, la del animal que te mordió a

ti… Él ha venido aquí de buena fe. Por eso le convencí. Tengo que arreglarlo todo, antes de que sea demasiado tarde. Tú has de ser mío, Gordon… Y el doctor Kosic debe destruir esa vacuna, convertirse en uno de nosotros…

—De modo que ése es tu plan, Dobrinka… —se quejó Rose, amargamente.

—Como verás, no somos tan perversos como la gente cree. Y sabemos ser pacientes, engañar a los demás… Lo extraño es que hayas podido hacerte vampiro, a pesar del antídoto de esa vacuna… Forzosamente aplicaron sangre de vampiro a tus venas… Alguien lo hizo, para convertirte…

—¿Alguien…? —De súbito, la idea reveladora saltó a la mente de Gordon. De pronto, muchas cosas tuvieron sentido: la muerte de Kellaway, el pretendido sacrificio de Ludmilla. Y todo lo demás—. ¡Fue ella…!

—¿Ella? —Dobrinka le miró, recelosa.

—Ella, Ludmilla… Una mujer que nació en tu tierra, Dobrinka… Ella es científico… Yo recurrí a ella… Le pedí que me librara de la semilla del vampiro. Ella debió descubrir que yo no estaba realmente contaminado. Y procedió a vampirizarme en una ceremonia, durante mi inconsciencia… Por eso mató al médico que había de analizar mi sangre. Para que yo no supiera que estaba sano al llegar de Transilvania a Londres… ¡Fue ella quien hizo de mí un vampiro…! Y, a la vez, ella misma se convirtió en tal.

—Una ceremonia de hermandad diabólica… —sonrió duramente Dobrinka—. Ella te ama. Desea poseerte para sí tan sólo, ¿no es cierto?

—Me temo que sí…

—No ha tenido éxito, Gordon. No por completo. No eres un vampiro auténtico.

—¡No me reflejo en los espejos!

—No importa. Terminarás reflejándote de nuevo. Primero será una silueta borrosa, luego tu cuerpo normalmente… Perderás paulatinamente los efectos de la sangre de vampiro que corre por tus venas. La inmunidad tuya es poderosa. No sientes como un vampiro, no puedes actuar como tal… ni reconoces a los que somos como tú.

—Eso es cierto… —admitió Rose—. Pero en ese caso, también tú

perderás tú tiempo, Dobrinka. Nunca podrás hacer de mí un vampiro, si estoy inmunizado…

—La muerte lo hará de ti —afirmó ella, enfática, clavando sus hermosos ojos en el cuello de Rose—. Sólo la muerte, Gordon…

—¡La muerte!

—Sí… Cuando seas desangrado por un vampiro… —se acercó a él pausadamente, extendiendo despacio los brazos—. Cuando mueras… esperarás tu despertar. Entonces, ya no habrá inmunidad para ti. Despertarás a la vida eterna en tu muerte…

—Dobrinka… —la miró, patético, impresionado, sin poder eludir su proximidad, cada vez más inquietante—. Dobrinka, y tú… ¿tú estás…?

Ella afirmó con lentitud, brillante y extraña su mirada.

—Yo hace tiempo que fui muerta por otro vampiro… —declaró —. Yo he estado ya sepultada… y he vuelto a la vida… para seguir buscando a otros que vengan a nuestro reino de la oscuridad, Gordon…

—Pero… pero yo te he visto a pleno día, Dobrinka… —gimió Rose, perplejo.

—A pleno día… pero sin sol, Gordon. Algunos de nosotros soportamos la claridad diurna, siempre que los rayos de sol no nos hieran directamente… Y también toleramos los ajos y otras cosas… Vamos perfeccionándonos poco a poco, Gordon. Hemos de burlar a nuestros adversarios, vencer a los enemigos…

La tenía ya sobre sí. El contacto de las manos de Dobrinka en su cuello, era como una caricia. Entreabrió ella los labios carnosos. Exhibió sus blancos dientes… Dos de ellos, desmesuradamente largos, incisivos…

—Dobrinka, querida… —musitó casi dolorido.

—Gordon, es breve… y te ofrezco la eternidad misma… —susurró ella, junto a su oído.

Luego, sus dientes rozaron el cuello de Gordon Rose, en la soledad de aquella alcoba de hotel, en Londres.

CAPÍTULO IX

Lionel Strange cruzó una mirada pensativa con el superintendente Sutherland, de Scotland Yard. Ambos hombres aparecían igualmente preocupados, sombríos, como sometidos a la presión de un tremendo dilema interno.

—¿Qué opina de todo esto, señor? —preguntó por fin Lionel, con un suspiro.

Sutherland sacudió su cabeza canosa con énfasis. Sepultó las manos en su gabán oscuro, sin abotonar.

—No lo sé —confesó—. Es una auténtica pesadilla. Un horror sin sentido. Ya tengo dos cadáveres en mis manos en iguales condiciones. La señorita Seaton… y anteriormente el doctor Kellaway…

—¿Kellaway? —Lionel arrugó el ceño, tratando de recordar algo —. ¿Erwin Kellaway, el neurólogo?

—Sí. ¿Le conocía?

—He sido cliente suyo. Y algunos amigos míos también… —entornó los ojos—. ¿Iguales señales en el cuello, superintendente?

—Idénticas. Desangrado también, señor Strange.

—¿Vampiros?

—Suena ridículo admitirlo. Pero eso parece, sí. Vampiros… ¡Cielos, si digo eso en Scotland Yard, pierdo el cargo!

—Lo creo —rió entre dientes Lionel, aunque con gesto grave, taciturno—. Me temo que no exista motivo alguno para que esas personas fueran atacadas, salvo algo de origen inhumano… Además, la forma en que sucedió todo… El asesino tuvo que entrar en la alcoba de Miriam por la ventana. Y es un segundo piso…

—Los vampiros vuelan, convertidos en aves… —masculló el policía—. Oh, diablo, terminaré volviéndome loco, amigo mío.

—Yo también, señor —Lionel se incorporó, profundamente pensativo—. Creo que será mejor dar un paseo por ahí, olvidar

esto… si es que puedo.

—Sí, no es una mala idea. Este problema es mío, no suyo. Comprendo que, como amigo de la señorita Seaton esté usted sobrecogido, pero ya nada puede hacer por ayudarme. Le estoy muy reconocido por cuantas facilidades me ha dado, señor Strange.

—Hubiera querido hacer algo más por usted y por ella. Darle el nombre del asesino o del vampiro, por ejemplo… —dijo, saliendo de la estancia y caminando cabizbajo hacia la calle.

Tomó su bastón de empuñadura de plata, y caminó decidido, calle arriba, dando vueltas en su cabeza a una serie de ideas que estaban empezando a torturarle.

En todas esas ideas, ocupaba un papel importante un hombre llamado Gordon Rose, su mejor amigo…

* * *

El hotel Regent apareció al fondo de la calle. La noche era húmeda y neblinosa, pero no demasiado inclemente. Lionel se dispuso a continuar su marcha hasta el hotel. Quería hablar con aquellos amigos de Gordon, llegados recientemente de Transilvania.

Llegó a la puerta del hotel. Se disponía a entrar, cuando pasó junto a él, rozándole distraídamente, un hombrecillo de pelo canoso, ojillos vivaces y expresión aturdida. Le detuvo, sujetándole por un brazo.

—Un momento, por favor —pidió—. ¿No es usted el doctor Kosic?

—El mismo, sí, señor —dijo en su inglés de duro acento extranjero el médico húngaro. Miró a Lionel arrugando el ceño. Luego, sonrió—. Oh, ya recuerdo… Usted es el amigo del señor Rose, el señor… Strange, ¿no es eso?

—Exacto. Lionel Strange, doctor. ¿Ha visto ya a mí amigo?

—Pues… no. Todavía no. Ahora mismo vengo de su casa. No responde nadie. Ni creo que esté.

—No está ahora, ¿eh? —Reflexionó Lionel en voz alta—. Creí que se iba a acostar…

—Tal vez lo hizo. Desde luego, nadie abrió. Intentaremos verle mañana… Es importante que le hable lo antes posible, señor

Strange.

—Sí, lo comprendo. Por cierto que cuando le dije que ustedes le buscaban, pareció sorprendido, sin pasar a creerlo…

—Oh, ¿usted se lo dijo ya? Habrá sido toda una sorpresa para él… Le dejé también un mensaje, por si abre su buzón…

—Seguro que le verá muy pronto. Y más, siendo tan importante… —Lionel, como quien está de vuelta de todo, añadió fríamente—: Ya le dije que somos los mejores amigos del mundo. Me contó todo lo relativo a su estancia en Transilvania, doctor.

—¿Le contó todo? —Pestañeó el doctor.

—Absolutamente. Por eso imagino el motivo de su viaje…

—Bueno, son temas que no deben referirse a todo el mundo —bajó la voz, confidencialmente—. Ya sabe: la gente no cree en esas cosas, se burla de uno… Sin embargo, yo que soy un médico, puedo asegurarle que es totalmente cierto. Su amigo Rose no le engañó, aunque sí es cierto que yo cometí un serio error al creerle… bueno, contaminado.

—Ya. Era un error, ¿eh? —contemporizó Lionel, tranquilo.

—Exacto, sí. Un lamentable error. Él no sufrió mal alguno, cuando le mordió el… el murciélago en la posada. Yo creí que estaba vampirizado. Por desgracia, se marchó pensando eso. Hubo muertes violentas, sí. Gente atacada, desangrada… Y el pobre señor Rose pensó que él era el autor de esos horrores…

—¿Y… no lo era? —preguntó, tenso, Lionel.

—¡Cielos, claro que no! —Se escandalizó el médico húngaro—. ¿Usted le creería culpable, señor Strange, de algo semejante?

—No me refería a eso, sino a las evidencias de que él fuese inocente, claro.

—Oh, evidencias… —el doctor Kosic se encogió de hombros—. Las naturales. Allí tenemos vampiros. Uno de ellos se aprovechó de la confusión en torno a Rose, para atacar… Creo que alguien que pretendía hacerle creer en su contaminación sanguínea. Si diera con esa persona… Sospecho que hay vampiros tan peligrosos, que incluso pueden soportar la luz diurna, siempre que las nubes velen el sol… Al final, serán tan fuertes y tan escondidos estarán, que viviremos entre ellos sin saberlo… Sería horrible, ¿no cree?

—Más que horrible. Sería un desastre mundial, doctor.

—Bueno, estas cosas no se pueden hablar fácilmente con nadie

de estos lugares. En Londres, salvo usted y el propio señor Rose, creo que todo el mundo se reiría de mí y me tomaría por loco…

—¿Y ha venido solamente a informar a mí amigo de que no tiene nada que temer? Pudo haber hecho eso mediante un telegrama o una carta…

—Oh, por supuesto que hay algo más, señor Strange —convino el médico, otra vez con su tono confidencial. Y añadió, risueño—: Tengo la vacuna contra el vampirismo.

—¿Seguro?

—Seguro. Una vacuna eficaz, contra cualquier clase de ataque que no sea mortal…

—Y, si es mortal… ¿qué sucede?

—Que, desgraciadamente, nada se puede hacer. Sólo la estaca en el pecho, puede entonces evitar que el difunto cuya sangre fue succionada, emerja de la tumba nuevamente, para ser uno más en esa espantosa legión de *muertos-vivos*.

—Creí que todos los vampiros estaban muertos previamente.

—Es un error en el que caen a veces los ingenuos. No, señor Strange. Existen diversas especies de personas contaminadas por el mal. Unas, han muerto ya, y resucitan, para ser autómatas en busca de sangre… Otros, lo son ya en vida, por contacto con la sangre de un vampiro más poderoso…

—Un interesante tema, doctor. Pero usted… ¿usted qué diría, si yo le informase de que mi amigo Rose no se refleja en los espejos?

—¿Cómo? —saltó el médico, sobresaltado.

—¿Y si le dijera que es sospechoso de dos horribles asesinatos en Londres?

—No, no es posible… Otra persona, otro vampiro acaso, pero no él… Él está inmunizado. No puede ser un vampiro…

—No sé cómo ha ocurrido, pero lo es —afirmó Lionel rotundo—. Su médico y una amiga suya, han muerto en pocas horas, desangrados. No sale de día a la calle, y esconde los espejos de su casa. Tenemos que encontrarle cuanto antes, doctor. O quizá, si no, sea demasiado tarde, y siga cometiendo horribles asesinatos…

—Sí, le entiendo —musitó el doctor, mirándole aturdido—. Dios mío… ¿qué puedo hacer yo por usted, señor Strange? Y sobre todo, ¿qué puedo hacer por el pobre Gordon Rose…?

Lionel permaneció mudo, como dándole a entender que él, por

desgracia, no tenía respuesta alguna a todo eso.

* * *

Dobrinka ya tenía sus afilados incisivos junto al cuello de Gordon Rose. Un segundo más, simplemente, y ambos rasgarían su piel, buscando el torrente vital y palpitante de su arteria repleta de sangre joven y vigorosa…

Gordon Rose, ni siquiera tenía ya fuerzas para resistirse a nada ni a nadie. Había caído en pleno horror, y aceptaba todo con resignación. Totalmente vencido.

En ese momento, se abrió con fuerza la puerta de entrada a la *suite*.

—… Y será mejor que hablemos con Dobrinka usted y yo, señor Strange y… —sonó la voz aguda del doctor Kosic, en la entrada.

Se paró en seco. Dobrinka se echó atrás, sobresaltada sin tiempo para ocultar sus delatores incisivos.

Tanto Kosic como Strange vieron aquello.

—¡Dobrinka! —aulló el médico—. ¡Tú también…!

Ella emitió un alarido ronco, exhibió su dentadura maligna, como un animal herido, que se ve acosado por los cazadores. Lionel Strange, atónito, contempló primero al pasivo, indeciso Gordon, y luego a ella…

Corrió, anticipándose a la acción de cualquier otro. Dobrinka le esperó, adelantando con furia sus garras hacia Lionel. Débilmente, Gordon le advirtió:

—¡Cuidado, por lo que más quieras, Lionel! ¡Es un vampiro…!

—¡Lo sé, lo sé! —rugió Strange.

Y, cayendo sobre ella, eludió sus zarpas, y la golpeó rudamente con el puño de plata de su bastón en plena sien. Aturdida, vacilante, Dobrinka cayó de rodillas, con un jadeo maligno.

—Ahora entiendo… —musitaba el doctor Kosic—. Tuvo que ser ella… ¡Ella era el vampiro que cometió los crímenes en nuestro pueblo…!

Lionel no tuvo piedad. Golpeó de nuevo a Dobrinka, con energía, abatiéndola inerte en el suelo de la habitación. Los ojos profundos e inteligentes de Lionel, buscaron los de su amigo.

—Gordon… —musitó—. ¿Qué medio existe de…?

—Sólo uno —gimió Rose—. Dale la paz eterna, te lo ruego… Hazlo. Lionel.

—Sí, creo que debo hacerlo… —contempló dolorosamente la bella figura caída. Alzó su bastón de punta de plata. Como si fuese una lanza o un dardo, apuntó al corazón mismo de la inconsciente muchacha—. Es como un asesinato a sangre fría…

—No, Lionel —negó Gordon—. Ella… ya está muerta. Sólo le darás la paz, el reposo para siempre. Es terrible… pero hay que hacerlo.

Lionel lo hizo.

Un grito horroroso, estremecedor, sacudió el recinto. El bastón penetró hasta el corazón de la hermosa joven, perforando su torso, desgarrándola, con un tremendo espasmo y un surtidor de roja sangre caliente.

Con los ojos desorbitados de horror y de odio, exhibiendo sus dientes en un gruñido feroz. Dobrinka se quedó encogida, sin vida, muerta en el acto.

Pero muerta realmente. Para siempre. Con eterno reposo para su cuerpo y su alma…

Luego, lentamente, una serena calma se extendió por sus facciones, que cobraron el dulce aspecto de una criatura muerta y en reposo. Sus dientes tomaron su forma original, su boca se plegó en una leve sombra de sonrisa apacible…

—Ya —musitó ahogadamente el doctor Kosic, mientras Gordon Rose cubría sus ojos angustiados—. Ya está hecho… Dios le bendiga, señor Strange…

Lionel se estremeció, contemplando su bastón enrojecido. Lo limpió en un cortinaje. Se acercó muy despacio a Rose. Miró a su amigo.

—Creo que lo sé todo, Gordon —dijo.

—¿Todo? —Rose alzó la cabeza. Estaba mortalmente pálido—. No, no todo. Te falta algo por saber. Intenté salvar a Miriam… y no pudo ser. Ella se anticipó…

—¿Ella?

—Ludmilla. Es el vampiro… Mató a Kellaway, a Miriam… y matará a Karin y cuantos ella odia en el mundo…

—De modo que fue obra de ella… El doctor me ha contado que

no te sucedió nada en Transilvania, Gordon…

—Sí, ahora lo sé. Cuando es demasiado tarde para mí y para muchos… —se quejó amargamente Rose.

—¿Para usted? —negó el doctor, con énfasis—. No, amigo mío. Mire allí, por favor…

Gordon Rose miró adonde le indicaba el médico. Al espejo del fondo…

Se sorprendió. Se contempló, aturdido.

—¡Cielos! —jadeó—. ¡Soy yo! ¡Veo mi imagen de nuevo!

—La vacuna, Gordon —dijo despacio Lionel. Oprimió el brazo de su amigo—. Debiste sincerarte conmigo. No puedes ser un vampiro. Nunca lo serás. De eso debemos preocupamos todos ahora. Y de terminar con ella de una vez por todas…

—Sí, vamos —afirmó él, con energía—. Vamos ya. Sólo queda Ludmilla… Ella es la responsable de todo. Quiso su venganza, no otra cosa…

CAPÍTULO X

(Del diario de Gordon Rose)

—No está… No está aquí… —contempló Lionel el destrozo del laboratorio, las estanterías vacías. Se volvió a mí—. ¿Dónde puede hallarse ahora Ludmilla Style?

—No lo sé, Lionel. No tengo idea… —di unos pasos por la estancia, tratando de ordenar mis pensamientos—. Ella sólo saldrá ahora por las noches. Salió antes para matar a Miriam. Yo la acusé, ella me amenazó… Se dio cuenta, sin duda, de que no soy un auténtico vampiro. Tal vez planease terminar conmigo, matarme, para hacer de mí un *muerto-vivo*.

—Pero ahora…

—No entiendo. Ahora debería estar aquí… A no ser que… —de repente, sentí un escalofrío. Alcé los ojos y miré a Lionel.

—¿A no ser…? —repitió él, interrogante, mirándome con igual fijeza.

—Lionel, no quiero pensarlo… —gemí, sintiendo mis piernas que flojeaban.

—¡Karin! —gritó él roncamente.

Me había entendido. Se precipitó a la carrera hacia el exterior. El doctor Kosic no entendía nada. Pero yo sí. Seguí a la carrera a mí amigo.

Era posible que, antes de preparar su golpe mortal contra mí, para hacerme definitivamente suyo, Ludmilla hubiese planeado vengarse en la mujer que más odiaba: Karin Knox…

* * *

—¡Karin! —aullé, apenas encontramos la puerta abierta, la escalera desierta, hacia el piso alto, donde ella dormía—. ¡Karin!

Arriba hubo algo de ruido. No una respuesta, sino un jadeo, algo así como un siniestro susurro, un roce, acaso un golpe sordo…

Nos miramos Lionel y yo, muy pálidos. Él echó a correr, sin esperarme a mí. Le seguí, devorando escalones de cinco en cinco.

—¡Cuidado, Lionel! —avisé—. ¡Es muy peligrosa…!

Se encogió de hombros. No llevaba otra arma que su bastón. Yo iba tras él, con mi pistola. Pero sabía que las balas vulgares no pueden matar a un vampiro… Cuando menos, no definitivamente. Después de muerta, volvería a su siniestra existencia de sombras y de horror.

Llegamos arriba. Grité de nuevo, exasperado, temiendo llegar tarde otra vez:

—¡Karin, Karin! ¡Responde, por el amor de Dios! —Y me alivió notar que podía nombrar a Dios, sin sentir mi cuerpo convulso, como al sentirme medio vampiro—. ¡Karin!

—¡Sí, sí! —sollozó una voz apagada—. ¡Aquí, Gordon…!

Era ella. Al fin contestaba. Aún vivía…

Inmediatamente, un sonido infrahumano llegó a nuestros oídos. Era una especie de rugido contenido, el jadeo animal de alguien, acechando en la oscuridad…

Avanzamos, pese a todo. Con decisión.

De una habitación en sombras, nos llegó un gemido apagado. Lionel penetró de un salto, y prendió un fósforo, buscando la mecha del gas. Yo corrí en pos suyo… y algo saltó sobre mí.

Una forma humana, felina, elástica, peligrosísima. Unas zarpas de mujer me sujetaron con furia…

Y unos colmillos centelleantes en la sombra, cayeron hacia mi garganta…

Ludmilla Style iba a lograr su deseo póstumo de llevarme consigo a la condenación eterna, succionando mi sangre, asesinándome para provocar mi resurrección siniestra…

* * *

Lionel se había arrodillado junto a Karin, que yacía en el suelo,

entre objetos abatidos, sujetando con firmeza una cruz en sus manos. Una cruz de plata que, posiblemente, salvó su vida milagrosamente, en el último momento, del ataque de la mujer vampiro.

Yo no tenía cruz alguna conmigo. Y Ludmilla iba a condenarme. Sentí el corte, la penetración de sus dientes en mi cuello, el cálido gotear de la sangre, que succionó ávida, centelleantes sus crueles ojos sanguinolentos, cerca de mí en la penumbra…

Era inútil forcejear con ella, luchar, tratar de desasirse. Tenía todas las malditas fuerzas del infierno con ella, todo el poder nefasto del mal.

Creo que hubiera sido mi final. Inevitable y atroz, en brazos de la más hermosa y más perversa de todas las mujeres imaginables.

Pero Lionel actuó. Y actuó muy a tiempo.

En cuanto observó que Karin no corría peligro, se revolvió, arrojó su bastón contra la nuca de Ludmilla… El puño de plata, pesado y macizo, la golpeó brutalmente. Sentí el crujido de su hueso.

Cayó como fulminada. Apenas si tuve tiempo de mirarla a mis pies. Lionel Strange, como un nuevo Jonathan Harker, había tomado muy en serio su labor de exterminador de vampiros.

Se precipitó sobre ella, le clavó brutalmente el bastón en el pecho, hasta alcanzar su corazón, en medio de un torrente de sangre.

El cuerpo hermoso de Ludmilla se enroscó en tierra, su faz puso un gesto demoníaco, de furia suprema. Luego, nada…

Se quedó inmóvil. Y esperamos a que la muerte, el descanso eterno, dulcificase sus facciones, borrando de ellas toda huella de sufrimiento, ira o crueldad.

Era lo único que podía servirle a uno de consuelo, después de presenciar algo tan terrible…

—Vamos —murmuró Lionel, tras un largo silencio—. Llevemos a Karin a alguna parte, lejos de todo esto…

Por fortuna, todo ha terminado ya, Gordon. Y no creo que sea un mal final para ninguno de nosotros…

Asentí, siguiéndole. Cuando llegamos a la calle, con Karin que sollozaba, apoyada en nosotros dos, el aire de la noche, aunque húmedo y viscoso de niebla, me sentó bien. Lo respiré

profundamente.

—Dios quiera que esto sea el despertar del mal sueño —murmuré, fervoroso.

—Lo es, Gordon, lo es —me confirmó con optimismo mi amigo Lionel.

FINAL

Todo se había quedado atrás.

La versión oficial de las muertes habidas, distó mucho de ser la que correspondía a la realidad. Pero en el fondo, ni la policía estaba dispuesta a admitir demasiado a pies juntillas la historia, ni creían que la gente les tomara en serio si declaraban la verdad a los periódicos.

Scotland Yard archivó el caso, esperando que no volviesen los casos de vampirismo al país. Ni a ninguna otra parte.

Pero eso siempre sería algo que pertenecería al terreno oscuro de lo ignorado. Gordon Rose había aprendido, en sí mismo, y en una terrible experiencia, que no se podía uno burlar de leyendas y supersticiones.

Que todo podía suceder. Y que había sucedido.

Pero con el tiempo, esas cosas acaban por olvidarse. Es lo que él intentó. No volvió en muchos años a Centroeuropa. Ni él, ni su esposa Karin.

Lionel Strange, su mejor amigo, dedicó en cambio largos periodos de su vida a estudiar los misterios que la medicina y la ciencia no acaban de explicar satisfactoriamente.

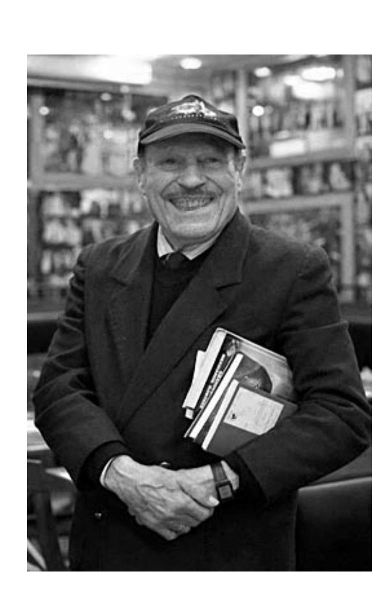
Entre ellos, el vampirismo.

Pero no logró en modo alguno que Gordon le ayudase en la tarea. Era mejor olvidar que una vez, en su vida, no pudo verse en los espejos, y se quemó las manos con una cruz.

Era mejor olvidar el horror, y pensar que nada de aquello había sucedido.

Eso es lo que intentaron Gordon y Karin Rose, a partir del día de su boda…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] El autor tiene razón, supuesto que si hoy en día. La región de Transilvania, en los Cárpatos, pertenece a Rumanía, eso no sucedió hasta 1918, ya que anteriormente era parte integrante del territorio húngaro y no del rumano, como hoy día. Por tanto, para ir de allí a la capital de Hungría, no era preciso cruzar línea fronteriza alguna. <<